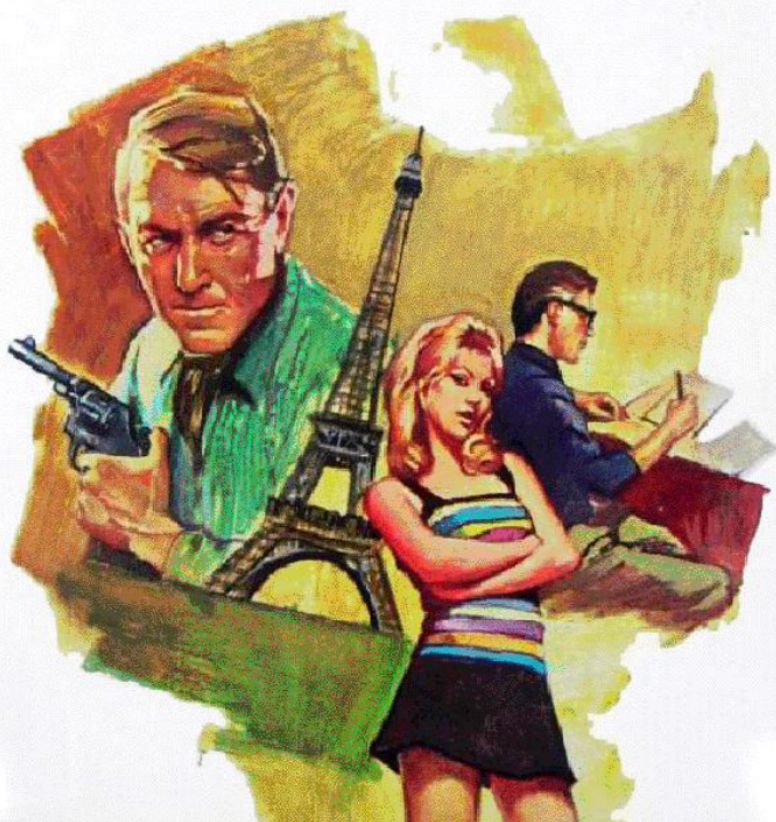




...de muerte natural

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

VIC LOGAN

DE MUERTE NATURAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 674
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 55.778 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1975

© VIC LOGAN, 1975

texto

© JORGE NUÑEZ - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.270. — Misión en solitario.
- En Colección PUNTO ROJO:
668. — El rostro de la maldad.
- En Colección ASES DEL OESTE:
652. — El último en reír.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
888. — Tierra de colosos.
- En Colección KANSAS:
865 — Siembra de violencia.
- En Colección BRAVO OESTE:
584. — Pareja de damas para el vaquero.
- En Colección CALIFORNIA:
864— Senderos de venganza.
- En Colección COLORADO:
877. — La muerte visita Wyoming.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
207. — Como lobos hambrientos.

CAPÍTULO PRIMERO

Las fiestas que Francis Latour celebraba en su villa de Goldfers eran célebres en toda Francia, y aun en el llamado mundo occidental, porque habían saltado varias veces a las revistas ilustradas que las señoras leen en las peluquerías.

Francis Latour, sin ser específicamente nada, lo era todo. Tenía dinero, deseos de presumir y de aparecer como figura predominante en toda clase de comentarios.

Porque tenía dinero escribía y le editaban sus libros —aunque, dicho sea de paso, él tenía parte en la editorial—. Se le consideraba un *play-boy*, y eran muchos los que consideraban de buen tono ser invitados a sus francachelas.

Aquella noche, en su finca de Goldfers, terminaba una de tantas fiestas, donde el *whisky* había corrido más generosamente que el agua, y las gentes se echaban completamente vestidas en la piscina, o completamente desnudas, según la apuesta.

Los más moderados se retiraban a una hora prudencial, pero los que deseaban saborear hasta el final todos los espectáculos, veían salir el sol tumbados en el césped que bordeaba la piscina, entre botellas vacías y vasos rotos.

Los Bougie también habían asistido.

Paul y Julie Bougie no eran de los más asiduos, pero había cierta amistad por medio, por parte de los hombres.

Paul trabajaba en los *Cómics*; tenía una cierta reputación, pero generalmente salía poco de casa. Aquella noche se decidió, más que nada por su mujer, a la que adoraba, y a menudo le decía:

—Te has casado con un tipo aburrido, que va a dejar que te apolilles...

Julie sonreía, y nunca se quejaba de nada. Parecía acostumbrada a la vida de hogar y, cuando no, salía a reunirse con sus amigas del antiguo club.

—Me voy a ver a las solteronas. Siempre tienen alguna historia que contarme.

—Si es interesante, la plasmaré en uno de mis argumentos —sonreía él.

Aquel día, Julie se había encontrado con Francis Latour.

—Me ha dicho si queríamos ir a la fiesta que celebra esta noche.

—¡Oh! ¿Y tú qué le has dicho?

—Que te lo preguntaría a ti.

—Tienes ganas de ir, ¿eh?

Ella sonrió.

—Bien, bien... Iremos.

Paul había bebido más de lo que era normal en él. Estaba alegre, pero no borracho.

—Son las tres —murmuró—. ¿Qué te parece si nos vamos? —inquirió ella.

—Bueno. Lo que tú digas. Al fin y al cabo, esto es un cementerio. Gente, bullicio, pero hay un gran vacío. —Hablabla alegremente. No había tristeza en sus palabras; únicamente ironía y sarcasmo. La verdad es que odiaba aquellas fiestas.

—Buscaré a Francis para despedirme de él.

—¡Oh! Estará con cualquiera de esas furcias, vestidas de ángeles puros. Déjale, ni siquiera echará de menos nuestra presencia.

Francis estaba con la muchacha de tumo. La que le duraba más que las otras: Solange.

—Nos vamos —murmuró Julie.

—Supongo que querréis despediros —adujo Solange, y se retiró.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Francis, sin dar muestras de haber bebido ni una cuarta parte que sus huéspedes.

—Sirviéndose el último trago. Hoy se le ha ido la mano.

—Bien. Os acompañaré. ¿Me llamarás mañana?

—Sí, Francis.

—Vamos.

Luego, ya reunidos con Paul, éste sonrió:

—Tienes un *whisky* excelente, amigo.

—Y has querido bebértelo en una sola noche...

—No, no... Todavía te he dejado para tus otros invitados.

—A mí no me importan los otros invitados. Lo digo por ti. Tienes que conducir unos cincuenta kilómetros. ¿No?

—¡Oh! Para eso no hay miedo. Tengo buenos reflejos.

—De todos modos, ve con cuidado.

—Esa carretera es un desierto, pero iré con cuidado.

—Hazlo por tu mujer, al menos.

—Desde luego... Es lo que más quiero en este mundo... ¡Adiós, y gracias!

—De nada, hombre.

—Saluda a la encantadora Solange. Tú también tienes suerte.

—¿Tú crees?

—Solange es una criatura divina, ¿eh?

—Adiós, buenas noches. —Había algo de sequedad en el tono de Francis.

Paul tomó del brazo a su esposa, y murmuró:

—No te preocupes. Todavía soy capaz de distinguir el camino.

—Claro que sí.

—Yo bebo poco, pero es que, en realidad, la bebida no me embriaga.

—Lo sé.

Llegaron hasta el coche. Había todavía unos cuantos. Perteneían a los invitados que aún quedaban en la casa.

—¿Cansada?

—Un poco —sonrió débilmente ella.

—Claro. No tienes costumbre.

—No es eso.

—¿No te encuentras bien?

—Sí.

—Bueno. En casa estaremos mejor, ¿eh? —Y puso en marcha el auto.

Eran las tres y cuarto de la madrugada. La carretera estaba desierta.

Paul buscó una emisora de radio, mientras silbaba una tonadilla. Julie iba a decirle algo, pero optó por apoyar mejor la cabeza en el respaldo y dormir.

La imagen que el espejo le devolvía ofrecía el aspecto ligeramente ojeroso de Paul. La bebida, la salida de la rutina, todo se notaba; pero Paul era joven, treinta años, y llevaba dos de casado con una mujer hermosa, admirable, a la que observó mientras ella mantenía los ojos cerrados.

Se sintió feliz, sólo que...

Pensó en algo, pero la vista de una curva inmediata le hizo poner toda su atención. Giró el volante, y las ruedas de atrás patinaron.

—Voy demasiado de prisa —pensó, y redujo la marcha, cuando unos focos le deslumbraron. Era un cruce sin señalizar, y no se había apercibido. Hizo un movimiento brusco para esquivar a otro coche, que cruzó como una exhalación.

—¡Imbécil! —exclamó para sí, pero no pudo dominar el coche en su totalidad, y se salió de la carretera. Allí había unas piedras amontonadas hasta una altura considerable; intentó evitar el choque, pero resultó imposible. El coche sufrió una violenta sacudida, y Julie, que se había dormido, salió empujada hacia delante, produciéndose un fuerte golpe en la cara.

—¡Julie! —gritó él.

Por encima de todo, aun de lo que hubiera podido ocurrirle al auto, lo primero era su mujer.

—¡Julie! —gritó de nuevo, sin que ella respondiera.

—¡Dios mío! ¡Julie, contesta!

CAPÍTULO II

Paul había salido del coche para dar la vuelta y abrir la portezuela del lado que ocupaba su mujer.

La sacó fuera con cuidado, y la depositó en el suelo. Entonces tomó su pulso y auscultó su pecho.

Lanzó un suspiro de alivio, al darse cuenta de que ella estaba viva.

—Julie..., ¡qué susto me has dado!

Ella volvió en sí, poco a poco.

—¡Oh! ¿Qué me ha ocurrido? Me he quedado dormida y... ¿Pero...? —Miró en derredor, y se percató de lo ocurrido.

—Un pequeño accidente. Un loco salió del cruce. Tuve que esquivarlo y me metí aquí... Pero lo importante es que tú estés bien. ¿Puedes levantarte? Vamos, te ayudaré...

—Sí, sí, estoy bien —murmuró ella, mientras él la ayudaba a incorporarse.

—¡Menuda facha! —sonrió Paul, y acabó riendo a mandíbula batiente.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —inquirió ella, sintiéndose algo molesta.

—El chichón. Mírate al espejo.

Julie tomó el bolso y sacó la polvera. En la frente, cerca de la sien, tenía un morado, un hematoma...

—Espero que no sea nada. Debe dolerte.

—No. No siento nada. —Y él lo tocó, y entonces Julie lanzó una exclamación:

—¡Uy! Ahora, sí. No aprietes.

—Tendría que verte un médico.

—¡Oh, no! Dentro de unos días desaparecerá... Me peinaré con flequillo, y ya no se verá. No te preocupes.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, anda; saca el coche de aquí, y continuemos —repuso ella, con cierta impaciencia.

Entraron de nuevo en el auto, y Paul intentó ponerlo en marcha, pero no lo consiguió por más veces que lo intentó.

—¡Maldita sea! Se ha atascado. ¡Bueno! Tendremos que parar a alguien.

—¿Estás seguro de que en esta carretera hay tránsito?

—Creo que hay un hotel de éstos. Bueno... de esos que frecuentan algunas parejas.

—Ésos no se detendrán.

—Tienes razón. ¡Bueno! Alguien pasará. Siéntate. Descansa, mientras tanto.

Paul se metió de nuevo en el coche, y manipuló unos instantes. La radio funcionaba todavía, y el *casette* con la cinta funcionaba también.

—¡Vaya! ¡Aquí funciona todo, menos el coche! ¡También es desgracia!

El ruido de un automóvil, al aproximarse, llamó su atención, y corrió hacia la carretera.

—¡Eh! ¡Eh! —Hizo señas para que pasara, pero el coche pasó de largo.

—¡Debió de salir de ese hotel! ¡Maldita sea! ¡Nadie quiere comprometerse por nadie! ¡Ni siquiera ayudar!

La espera se hizo larga, indefinida. Paul lo lamentaba por su mujer.

—¿No hay algún sitio, por aquí, donde podamos avisar? —inquirió ella.

—Esto es un desierto. La casa más próxima debe ser la de Francis, y está a quince kilómetros. ¿No te encuentras bien?

—Sí, pero...

—Comprendo, querida, comprendo. ¡Maldita sea! Pondré el coche en marcha, aunque sea a patadas.

Paul era tenaz. Más que tenaz, tozudo, terco... Se metió en el coche. Echaba bilis por la boca. Hubiera dado media vida por complacer a su esposa.

Pisó a fondo con rabia. Luego se produjo un chasquido, y el auto se puso en marcha.

—¡Lo conseguí! —gritó como un hincha del equipo que hubiese

acabado de marcar el tanto de la victoria.

Poco después, rodaban nuevamente por la carretera.

Julie había vuelto a inclinar la cabeza, y dormitaba otra vez.

Paul conducía en silencio, por la siempre solitaria carretera.

Cuando llevaba recorrido más de la mitad del camino, iba a cerrar la radio cuando saltó a las ondas una melodía: *El humo ciega tus ojos*. Una vieja melodía que le traía gratos recuerdos. ¡Siempre tenía que ser una vieja melodía!

—Julie —murmuró.

Ella estaba a su lado, con los ojos cerrados.

Paul dejó que la música prosiguiera. Vio un sitio al lado de la carretera, y desvió el coche hacia la explanada para detenerse.

—Esa música... Julie... Bueno, aunque duermes, déjame saborearla... Julie.

Paró el motor, las luces de situación estaban puestas. La música seguía.

Besó a su esposa, y se apartó de ella súbitamente... ¿Qué ocurría?

—¡Julie!

Algo le había sobresaltado.

—¡Julie!

Su esposa no contestó aquella vez. Su semblante tenía algo extraño, y el pulso... El pulso de Julie no latía.

—¡Julie!

—Lo siento, señor. Su esposa está muerta —dijo gravemente el médico de guardia, unos cuarenta y cinco minutos más tarde.

La noticia no debía de sorprenderle. Lo sabía. Lo supo cuando observó que su corazón no le latía.

Sí. Lo supo ya cuando, desesperadamente, buscaba un hospital, un centro de urgencia, en aquella parte de la región.

Tardó en encontrar lo que buscaba, y cuando lo halló, y su esposa pudo ser atendida, sabía que ya nada se podía hacer.

—¿Fue un accidente? —inquirió el médico.

—Tuvimos un accidente, sí, pero..., ella sólo recibió un golpe. Iba dormida y...

—¿Después del golpe, siguió viviendo? —cortó el médico.

—Sí... Estuvimos como una media hora en la carretera... Luego,

unos diez o doce minutos. Ella se durmió. Yo me detuve un momento y... ¡Dios mío! No acabo de entenderlo. ¡Muerta!

Escondió la cabeza entre las manos, y buscó un lugar donde sentarse.

Pero ¿cómo...? ¿Cómo podía haber ocurrido aquello?

—Compréndalo, señor Bougie... Tendremos que dar parte a la policía.

Paul ni siquiera escuchaba.

—Quie... ro verla —murmuró. Y se repetía que aquello no podía ser verdad, que era fruto de una pesadilla.

¿Cómo..., cómo podía haber muerto lo que más amaba en la vida?

CAPÍTULO III

Paul contó a la policía todo lo que se podía decir. Lo único que podía decir. Relató el viaje desde su salida de la villa de Francis Latour hasta el momento de su llegada al hospital. Explicó minuciosamente los detalles, como si él mismo intentara convencerse de que lo que contaba era verdad. La única verdad.

—¿Había bebido mucho? —le preguntó el inspector Dubois.

—Sí, pero esto no influía en mí.

—Tuvo el accidente porque le fallaron los reflejos.

—No es cierto. El cruce no estaba señalizado. Luego, había una curva. Bastante hice con esquivar la embestida de aquel cretino... Pero eso no tuvo nada que ver.

—Usted dijo que su esposa, entonces, sólo mostraba un morado en la frente, cerca de la sien, y que usted se dio cuenta de que había muerto, algún tiempo después.

—¡Claro que lo dije! Es la verdad. Julie se encontraba cansada.

—¿Por qué estuvo tanto tiempo en la carretera?

—Ya se lo he explicado. Quería detener un coche.

—¿Por qué? El suyo funcionaba, ¿no?

—No.

—¿No?

—Bueno. Entonces lo intenté, y no funcionaba. Estaba nervioso. Eso es todo. Luego, lo probé de nuevo, y se puso en marcha.

Dubois quedó mirándole largamente.

—¡Es la verdad! ¿Qué es lo que usted piensa? ¿Cree, acaso, que mi mujer murió en el accidente? ¡No! Y aunque así hubiera sido... Esto no cambia las cosas.

—Tal vez...

—¡Oh, inspector! Déjeme ya. Bastante pena tengo... Usted no sabe... Usted no puede saber lo que Julie significaba para mí.

Dubois dudó un momento. No era un hombre viejo, pero ya

había pasado la juventud; tenía una gran dosis de humanidad y de comprensión. No obstante, insistió:

—Sus reflejos fallaron. Debe aceptarlo.

—¡No! No fallaron.

—Usted había bebido mucho.

—Tal vez, pero...

—Bueno, dejemos esto. Haré que le acompañen a su casa. En este estado, podría ocurrirle otro accidente.

Paul se dejó acompañar, comportándose casi como un autómata. Ni siquiera advirtió que había llegado a su casa. Dio sus señas y, cuando le dijeron que ya había llegado, subió hasta el apartamento, sin mirar nada, sin fijarse en nadie.

Se dejó caer en el diván, sin atinar a pensar en nada. Aquello, para él, era como una pesadilla.

Fue por la tarde cuando alguien le hizo despertar de aquel letargo en el que se hallaba sumido.

Sonó el timbre. Era la policía.

Dubois venía, acompañado del comisario.

—Ahora hablemos claro, señor Bougie. —Fueron las primeras palabras del comisario—. Sabemos que usted tenía motivos para matar a su esposa.

Paul levantó la cabeza. Miró a los policías, y creyó no haber oído nada de lo que habían dicho.

En medio de aquel remolino en que creía estar viviendo, le era difícil coordinar las ideas.

Le acusaron de provocar el accidente intencionadamente... Una vez más, se insistió en que su esposa había muerto a consecuencia del golpe sufrido en la colisión contra las piedras.

El negó, sin entusiasmo. No tenía deseos de hablar. Deseaba estar solo.

Fue después cuando, sin saber cómo, se encontró a solas con Francis Latour.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó su amigo.

—Francis..., ¿tú tam...? ¡Oh, no!

—Podíamos haber hablado como personas civilizadas.

—No te comprendo.

—Julie te lo dijo. ¿Verdad?

—¿Julie?

—Sí. Habló contigo en el coche.

—¿De qué tenía que hablarme Julie?

—Be lo nuestro. Tú lo sabes.

—¡Francis!

—No finjas conmigo...

—¡Francis, habla claro de una vez...! ¿Qué es lo que tenía que decirme Julie?

Los ojos de Paul parecían a punto de salirse de las cuencas. Se aferró a la chaqueta del *play-boy*, y le zarandeó.

—¡Dímelo, Francis!

—¡Oh, suéltame! Tú lo sabías... Lo sospechabas.

—¿Sospechar?

—Julie y yo nos queríamos... Me prometió que esta noche te lo diría. Que pediría el divorcio.

—No... Esto no puede ser verdad —murmuró, cuando consiguió reaccionar.

—Sí, Paul, lo es... Hace tiempo que ella y yo...

—¡No!

Paul avanzó hacia él, con expresión brutal.

—Canalla... Canalla... —repitió Paul con los puños apretados.

—Escucha, Paul...

—Escuchar... ¡Basta de infamias!

El puño derecho de Paul salió disparado hacia el rostro de su amigo.

—¡Di que mientes! —exclamó Paul, avanzando de nuevo hacia él—. ¡Vamos, dilo! Di que te has inventado una patraña.

Intentó levantarlo. Francis, esta vez, logró empujarlo para alejarlo de sí, mientras Paul iba a arremeter nuevamente contra él.

—¡Ya está bien! —intervino el inspector Dubois, que apareció de la habitación contigua.

La lucha terminó, y Francis fue invitado a dejar la casa.

Más tarde, en la comisaría de Neully, el comisario leía la declaración de Francis Latour:

—Como ve, señor Bougie, el señor Latour lo ha confirmado. Mantenía relaciones con su esposa, y esperaba que ella hablara con usted para conseguir el divorcio.

Paul todavía no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—El inspector Dubois cree en su sinceridad; a veces, el

interesado es el último en enterarse de lo que le atañe. No obstante, no me negará que hemos de creer en la posibilidad de que su esposa, a la salida de esa fiesta, le hablara de ello.

—No...

—Usted estaba algo cargado de alcohol...

—No es verdad...

El comisario siguió, a pesar de todo:

—En un momento de excitación, hizo una maniobra y...

—¡He dicho que no! —rugió Paul.

Era lo último. Lo último que él hubiese pensado hacer, aunque su propia esposa se lo hubiese confesado aquella noche. Todo... Todo menos causarle algún daño.

—Si piensan que yo pude matarla...

—Continuaremos hablando, cuando se haya calmado. Hágase a la idea, señor Bougie...

¿A la idea de qué?

Dos días después, llegó la confirmación oficial del asunto.

CAPÍTULO IV

Fue el inspector Dubois el que, dos días más tarde, le dio la noticia que, pese a las circunstancias, podía considerarse como buena.

—Su esposa tenía una dolencia en el corazón. ¿Lo sabía usted?

—No. No...

—Lo ha confirmado el doctor que la asistió. Seguramente, ni ella misma lo sabía. Esta clase de enfermedades son menos corrientes en las mujeres que en los hombres.

—¿Cree que esto cambia las cosas, inspector?

—Supongo..., que no. Pero en fin. Quería decírselo.

Su esposa murió de un ataque al corazón. El accidente poco tuvo que ver.

Y tras una pausa, el policía añadió:

—¡Ah! He estado examinando su coche. Tenía un *casette* con una parte grabada... Escuche una conversación entre usted y su esposa. Creo que fue después del accidente.

Era otra prueba de que Julie no había muerto en el golpe, pero a Paul ya no le importaba, y Dubois así lo comprendió.

—Bueno. Ya no tengo nada más que decirle. Adiós, señor Bougie, y..., buena suerte, de ahora en adelante.

Paul quedó nuevamente a solas, y perdió la noción del tiempo hasta que una llamada a la puerta le volvió a la realidad.

Era Solange, la novia de Francis.

—Quizá mi visita te resulte inoportuna.

—¿Por qué?

—No sé...

—Pasa.

Hablaron de Francis:

—Yo lo sabía. Francis y yo habíamos hecho muchos planes, pero, de repente, él cambió. A pesar de su carácter aparente, yo le

conocía bien y no tardé en descubrir la verdad.

—¿Tú sabías...?

—Sí, Paul. Lo sabía.

—No puedo entenderlo.

—Bueno. Supongo que estas cosas siempre cuestan de entender, pero Julie conocía a Francis desde hacía tiempo.

—Lo sé... Me lo había dicho, pero jamás profundizamos.

—Últimamente, se venían a menudo.

—Supongo que lo hacía cuando decía que iba al club.

—No lo sé, Paul.

—Bueno, dejemos esto. Ya no sirve de nada.

—Lo siento, Paul. Yo también he dejado a Francis... No de un modo aparatoso, pero sólo seguiremos siendo amigos. En el ambiente en que vivimos, es mejor no dar demasiada publicidad. ¿Tienes algo para beber? Tengo sed.

—Sí. Allí —señaló el mueble-bar—. Sírvelo lo que quieras. Te traeré hielo.

—Gracias.

Con el cubo de hielo en la mano, llamaron nuevamente a la puerta. Esta vez era Carol, su secretaria.

—No sabía si debía venir. Esperaba que me llamara, pero...

—No, Carol. Estaré algunos días sin hacer nada, puede que vaya a... No sé, a cualquier parte. La llamaré cuando regrese.

—La última vez, dejé unas cosas para arreglar. Si quiere, puedo hacerlo mientras usted esté ausente.

—Está bien, pase al estudio. Luego, vaya a la editorial. Dígales que ya sabrán de mí. De momento, no quiero hablar con nadie.

Carol quedó unos instantes mirando a su jefe. Carol era joven, de, la edad de Julie, bonita y moderna, pero absolutamente consciente de las circunstancias.

Carol se cruzó con Solange, a la que saludó fugazmente para pasar al despacho.

—¿Es cierto que te vas? —inquirió la antigua novia de Francis.

—Sí.

—A la costa.

—No, no. Iré a un hotel, no sé dónde.

—No quieres que te molesten. Haces bien. Bueno —miró hacia el estudio, tras cuya puerta había desaparecido Carol, y murmuró—:

Yo también debo irme ahora.

—Como quieras.

—Adiós, Paul, y, si puedes, tómatelo con calma; la vida, a veces, resulta una porquería. Siempre lo es. Depende del tiempo que se tarda en descubrirlo.

Se fue Solange, despechada, pero con un rictus irónico, intentando hacer creer que ya estaba de vuelta de todo.

Carol surgió, con una carpeta de la que sobresalían unas cuartillas.

—Me llevaré esto para corregirlo, y así podrán enviarlo al dibujante. No debe preocuparse; su trabajo está muy adelantado, y puede tomarse unas buenas vacaciones. Si me necesita...

—Gracias, Carol, gracias. Ocúpate de todo. Ya te avisaré. Adiós.

Francis también se hallaba solo en su casa. Era de las pocas veces que el *play-boy* no tenía —o no quería tener— ningún compromiso. Se hallaba sentado frente al piano, pensando.

De pronto, se levantó y fue al teléfono. Marcó un número y esperó. Al otro lado del hilo, surgió una voz masculina. La voz de Paul Bougie.

—Soy yo, Paul. He estado pensando... Sé que puede parecerte absurdo, pero quisiera que hablásemos.

—No tenemos nada que decirnos —repuso Paul secamente.

—De cualquier modo, me gustaría hablar contigo. Es importante.

Escuchó el chasquido al otro lado de la línea. Paul había colgado. Francis colgó también, y levantó los ojos para mirar al que él llamaba su secretario, Maurice.

Maurice, de hecho, no era otra cosa que un émulo de su jefe. Un parásito arribado a la sombra del árbol que mejor le cobijaba.

—¿Por qué quieres hablar con él? —preguntó tras un largo silencio.

—Paul mató a su mujer —dijo Francis fríamente.

Maurice sonrió.

—¿Estás seguro?

—Sí, Maurice. Estoy seguro. Y sé también que su venganza no ha terminado todavía. Quiero que lo tengas bien presente.

Maurice guardó silencio. Su jefe le miraba insistentemente, y comprendió que algo iba a suceder.

CAPÍTULO V

Anohecía, y la finca de Goldfers emergía entre la frondosa vegetación, en medio de un desusado silencio.

En otras épocas, y justo a aquellas horas, hubiese reinado el bullicio. En esos momentos, sólo el eco de unas notas, mal hilvanadas sobre el piano constituían el único ruido que se escapaba a través de los abiertos ventanales de la casa.

Francis no estaba solo. Cerca de él se hallaba Solange. Maurice, junto a la joven, la miraba de vez en cuando con un cierto aire de complicidad.

Estaban presentes también el matrimonio Bellancourt, maduros e interesados en los favores que pudieran recibir del *play-boy*.

Todos fingían interesarse en el concierto que, más que interpretar, ejecutaba Francis, en el sentido más preciso de la palabra.

Francis aporreaba el piano. Tocaba con violencia, sin la menor sensibilidad, y con un odio feroz en su semblante.

La melodía se interrumpió bruscamente, cuando sonó el disparo.

Marie Bellancourt lanzó un grito, y Solange se volvió, sobresaltada, hacia Maurice.

—¡Ha sido un disparo! —exclamó Valerie Bellancourt.

Maurice se precipitó hacia la ventana, a tiempo de ver un automóvil partir, a toda velocidad, del parque.

Ágilmente, el joven saltó por encima del alféizar y corrió en dirección al coche, mientras la servidumbre se precipitaba hacia la sala donde Francis seguía examinando el agujero que la bala disparada desde el exterior había producido en la levantada tapa del piano.

Solange estaba a su lado. Se miraron ambos en silencio, mientras Maurice asomó nuevamente por la ventana.

—¡Voy a seguirle, Francis!

—¡Ten cuidado! —advirtió el propietario de la casa—. Y lleva contigo un arma. Quienquiera que haya querido matarme, disparará otra vez, si se ve en peligro de ser descubierto.

Maurice asintió y, seguidamente se perdió en la oscuridad. Poco después, el zumbido del motor de un automóvil anunció el inicio de la persecución de Maurice.

—¿Por qué no llamas a la policía? —interrogó Solange.

Francis dudó unos instantes, antes de contestar:

—¿Y a quién voy a acusar, Solange? Un hombre como yo tiene muchos enemigos. Los que me envidian, Claro que... —Quedó silencioso, pensativo, mirando hacia el otro lado de la ventana.

—¿Piensas en alguien en concreto? —inquirió la muchacha.

—Tal vez, Solange. Tal vez —fue la enigmática respuesta del *play-boy*.

Maurice había regresado. El inspector Dubois estaba en la casa, donde permaneció conversando con los testigos del atentado.

—¿Y bien? —inquirió Francis.

Maurice negó con la cabeza.

—Lo siento. Se me ha escapado, por culpa de la gasolina. Cuando más cerca le tenía, tuve que desistir. Cuando puse la gasolina de repuesto de la lata que iba en el portaequipajes, el tipo ya me había tomado demasiada ventaja.

Intervino el policía para preguntar:

—¿Vio el número de la matrícula del coche?

—Sí. Eso, desde luego, pero no creo que sirva de gran cosa. Para cosas así, los asesinos suelen robar los coches.

—De todos modos, deme el número de esa matrícula —insistió el policía.

—Era de París. Anoté el siete, siete...

La pareja de gendarmes acababa de realizar la comprobación. La matrícula correspondía a un automóvil aparcado en la calle, y pertenecía a un tal Leclerc, que ni siquiera se había dado cuenta de su desaparición.

—¡Oiga! Yo no sé quién es Francis Latour. Anoche me acosté temprano. Llegué a casa a las seis, y ya no volví a salir. Estuve cenando con mi esposa y unos amigos. Pueden comprobarlo.

Leclerc era un hombre y nervioso, empleado en unos almacenes,

sin antecedentes penales; carecía de licencia de armas, y ninguna relación le unía con Francis Latour. Eso lo descubrió la policía, comprobando, además, su coartada. Leclerc había permanecido en su casa con su esposa y con el matrimonio amigo; por lo tanto, Dubois dedujo lo más lógico:

—El coche fue robado y devuelto al mismo lugar del que había sido sustraído... Ahora bien, señor Latour, dígame los nombres de las personas que, a su juicio, puedan tener algo que ver con ese atentado.

—¡Y yo qué sé!

Maurice y Solange estaban con él. Guardaban silencio. Dubois insistió:

—Debe usted ayudarnos, señor Latour. Compréndalo... ¿Discutió usted con alguien últimamente?

—No. En absoluto. En mi casa, todos vienen a beber y a pasarlo bien. Muchos me odian, porque me envidian... Yo no puedo descubrir los pensamientos de quienes se dicen mis amigos. Pero sé que algunos llegarían a matarme.

—Debes decir la verdad al inspector, Francis —terció Maurice.

—Calla, por favor —contestó su jefe.

—No, Francis. Han intentado contra tu vida, y quizá vuelvan a intentarlo.

—¿Qué es lo que sabe usted? —preguntó el policía, volviéndose a Maurice.

—Lo siento. Sin el permiso de mi jefe, no puedo hablar.

Se hizo un denso silencio. Dubois se levantó de la butaca y, mirando a Francis, soltó:

—¿Está encubriendo a su propio asesino, señor Latour?

—No tengo pruebas para acusar a nadie en concreto, inspector. Eso es todo. En realidad, ni siquiera quería llamarle, pero mis amigos insistieron.

—Bien. Usted sabrá lo que hace, pero no podremos mantener por mucho tiempo una vigilancia en su finca. Si tuviésemos que...

—¡Yo no se la he pedido, inspector! —atajó Francis fríamente—. Buenas noches. Ha sido usted muy amable en venir.

Dubois no dijo lo que seguramente estaba pensando, en aquellos momentos.

Pero ante todo, era policía, y no podía dejar de pensar; por eso,

a la mañana siguiente, convocó a Solange a su oficina.

—La esposa de Paul Bougie pensaba pedir el divorcio para vivir con Francis Latour, ¿no es cierto?

—Sí, inspector, pero esto no prueba...

—¿No prueba qué, señorita? —cortó el policía.

—Sé que piensa que Paul pueda ser el autor de ese atentado, pero yo sé que no.

—¿Lo sabe? ¿En qué se funda para ello?

—Estuve en casa de Paul, ayer tarde. Está muy abatido.

—Según parece, Paul y su mujer eran un matrimonio muy bien avenido. Al menos, en apariencia. Paul Bougie estaba muy lejos de sospechar que su mujer quería a otro.

—Desde luego.

—¿Usted lo sabía?

—Con Francis, es difícil saber la verdad. Es voluble, le gustan todas.

—Aun así, usted continúa a su lado.

—Aunque no lo crea, inspector, yo quiero a Francis.

—¿Incluso después de saber que iba a dejarla por otra?

Ella guardó silencio.

—Bueno. No voy a meterme en intimidades. Sé que el amor es algo que no puede desaparecer por unos hechos, pero ese mismo amor puede llegar a convertirse en odio.

—En este caso, inspector, yo también podría resultar sospechosa del atentado.

—¿Y quién le ha dicho que no lo sea? —sonrió Dubois.

—¡Oh, por favor! Yo estaba allí.

—Los asesinos, desgraciadamente, pueden alquilarse.

—¿Me ha llamado para acusarme, inspector Dubois? —inquirió ella fríamente.

—Todavía no. Le he llamado para que me hable de Paul Bougie.

—Es una buena persona. Sé que no sería capaz de hacer una cosa así.

—Se asombraría de la cantidad de gente que, en un momento determinado de su vida, son capaces de realizar los actos más horrendos, guiados por un ansia enfermiza de venganza... Se asombraría, créame.

CAPÍTULO VI

Paul Bougie necesitaba alejarse del mundo. Lo suyo, más que nada, era una fuga. Una huida de sí mismo.

El rápido «Capitole», el tren más veloz de Francia, le alejaba de la capital, rumbo a un lugar de la campiña. Un sitio lejano, donde nadie pudiera hacerle recordar a su mujer.

Mientras el tren alcanzaba, a veces, velocidades cercanas a los doscientos kilómetros por hora, recordaba los últimos acontecimientos en París.

Aquella mañana —la siguiente del atentado de Francis Latour— se había sentido seguido. Por dos veces, notó la sensación de que alguien iba tras sus pasos; pero se encogió de hombros, sin darle demasiada importancia.

Fue a la estación para comprar el billete para el «Capitole» de la tarde.

—Para las seis. Deme una combinación con Perigueux.

De nuevo experimentó la sensación de que alguien le vigilaba, y a la salida de la estación de Austerlitz se tropezó con Solange.

—No es una casualidad. Tu secretaria me dijo que habías ido a la estación.

—Ya ves que no ha mentido. ¿Qué quieres?

—¡Seguramente no estás enterado de lo que ocurrió anoche!..., en casa de Francis.

—¿Es tan importante lo que ocurrió que por ello te has molestado?

—Intentaron matarle.

—¿A Francis?

—Dispararon contra él. El inspector Dubois me ha citado esta mañana. Quería advertirte.

—¿Advertirme de qué...? No me importa en absoluto lo que le ocurra a Francis.

Estaban en la calle, cerca del coche de Paul. El se volvió bruscamente cuando Solange le dijo lo que parecía una insinuación.

—Francis no ha dicho nada, pero cree que has sido tú. Y Dubois lo ha dejado entrever.

—¡Bah! Que me dejen tranquilo.

—¡Espera! ¿Vas hacia el centro?

—Sí. Puedo llevarte, si quieres.

—Gracias.

El «Capitole» seguía su marcha, camino de Toulouse. El se aparearía bastante antes; había reservado una habitación en un hotel en pleno Perigord, y llegaría ya muy tarde.

Había dejado a Solange en el centro, y luego fue hacia su casa para preparar las cosas.

Al aparcar el coche, creyó ver a Maurice. Intentó seguirle, pero el secretario de Francis se perdió entre la gente. Paul subió, malhumorado. Carol, su secretaria, parecía nerviosa.

—¿Ha llamado alguien?

Ella vaciló, pero al fin dijo:

—Sí. Ha llamado... Francis Latour.

—¿Qué quería?

—Hablar con usted.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Sólo que no estaba..., que se iba usted de viaje.

—¿Le has dicho dónde?

—No...

—Oye... Hace un momento, he visto a Maurice. Hubiera jurado que salía de esta casa.

Ella guardó silencio.

—¡Carol!

—Bueno... Estuvo aquí.

—¿Es que no quieren dejarme en paz? ¿Qué ocurre? ¿Qué quería ese tipejo?

—No es nada relacionado con usted...

Paul dejó que su secretaria continuara.

—Conozco a Maurice desde hace mucho tiempo. Nos hemos visto algunas veces.

—No lo sabía.

—Bueno. No es que a mí me guste. No es la clase de hombre que

yo prefiero.

—No quiero verle en esta casa, Carol. Sal con quien quieras cuando no estés trabajando, pero aquí, no. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Ya le dije que no debía de haber venido, pero quería verme... Pensó que yo me iría con usted.

—¿Y cómo demonios sabe Maurice que me voy? ¿Por qué me espían?

—Bueno, la culpa es mía. Le vi ayer, y hablamos un momento. Le dije que usted se iba, e insistió en que saliéramos. Yo siempre le digo que no. No me gusta. No sé... No acaba de agradarme su forma de vida, pero él insiste.

—Esto es cosa tuya.

—Lo sé..., y cuando ha venido esta mañana, le pedí que no volviera a hacerlo. El dice que todo lo hace por mí. Demuestra mucho interés.

—Quiero que nadie sepa dónde estoy. No deseo ser molestado. Y menos, por esa gente... En cuanto a ti, puedes tomarte unas vacaciones. No voy a trabajar, de momento. Ya te avisaré.

—¿No quiere que ponga sus cosas en orden?

—Hazlo, si quieres, pero no voy a necesitarte en un par de semanas.

—Está bien...

Despacharon algunos asuntos. Luego, preparó sus cosas y se despidió definitivamente de Carol.

Ahora, cerca ya de las diez de la noche, se hallaba próximo a Brive. Allí descendería del tren, y esperaba encontrar el auto que había alquilado, desde París.

Eran las 9,48 exactamente cuándo se apeó del «Capitole». Con él descendieron otros pasajeros, que abandonaron rápidamente la estación, pero uno de ellos, que parecía muy interesado en tomar algunas fichas de horarios del estante del ya cerrado departamento de información, observaba disimuladamente a Paul Bougie.

Luego, cuando el guionista de *cómics* desapareció en su coche, el hombre llamó a un taxi para seguirle a prudente distancia.

CAPÍTULO VII

Paul aparcó el automóvil de alquiler frente a un bar del centro. Entró y pidió un café y una copa de coñac.

A través de un espejo, observó al hombre que había bajado del coche, y que seguidamente entró para ocupar un lugar en el mostrador y pedir una cerveza.

Paul tomó el coñac, y, dejando el café a medio beber, dejó diez francos sobre el mostrador y salió rápidamente. Pero, en vez de dirigirse al coche, dobló a pie la esquina, y avanzó casi corriendo. Pasó ante la puerta de un cinematógrafo, y se metió por el callejón contiguo. Escuchando, tras sí, los pasos de su seguidor.

A aquellas horas, las diez y quince minutos ya de la noche, las calles estaban prácticamente desiertas, a los noctámbulos que habían ido al cine les quedaba ya poco para ver terminada la sesión. Era mucho más fácil saber si a uno le seguían.

Y el hombre que parecía ir tras Paul, se metió en el callejón que parecía completamente desierto.

Con alguna precaución, avanzó.

Paul aguardaba oculto en el portal de emergencia del cine.

Su seguidor avanzó algo más rápido, y Paul aguardó el momento preciso para surgir de la sombra. Le aplicó una zancadilla, golpeándole al mismo tiempo.

El otro cayó de bruces, visiblemente sorprendido. Paul se levantó con gran energía, y le acorraló en la pared.

—¿Por qué diablos me sigue? ¡Hable de una vez! ¿Qué quiere de mí?

—¡Oiga! ¡Suélteme! Está loco. Yo no le sigo a usted... —protestó el individuo airadamente. Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura media y con aspecto de funcionario gris.

—Le he visto desde la estación. Alquiló un taxi y ha venido detrás de mí. Entró en el bar, y ahora está aquí. ¿Quiere más

pruebas?

—Es una coincidencia, señor. Y suélteme ya, o tendré que pedir auxilio. ¡Esto es un atropello!

El hombre parecía indignado. Sus protestas daban la sensación de estar llenas de razón.

—¡Escúcheme! —espetó Paul sin dejarse convencer—. Apártese de mi camino. Debieron advertirle que éste no es el momento más adecuado para meterse conmigo. ¿Está claro?

—Le aseguro que se equivoca, señor. Yo lo siento... Es la primera vez que estoy en esta ciudad, y me hallo confundido. Busco el domicilio de un familiar, y puedo probarlo.

—Espero que sea así...

—¡Oh! —exclamó el otro, arreglándose la ropa. No había hecho el menor intento para defenderse. Parecía un hombre bastante débil y sin la menor costumbre de resolver casos apurados.

Paul se alejó, y volvió a su automóvil, que puso en marcha para proseguir su todavía largo camino.

Observó que el taxi del individuo seguía allí. El conductor, indudablemente, le estaba esperando, pero lo cierto es que, durante el resto del viaje, Paul, mirando a través del retrovisor, comprobó que ya nadie le seguía.

¿Habría sido, en realidad, una simple coincidencia?

De Perigueux al pueblo elegido había una hora larga de viaje, por una carretera serpenteante con un bello panorama que la luna no acertaba a alumbrar en toda su extensión.

En el pequeño hotel, un portero aguardaba la llegada de Paul.

—El señor Bougie, ¿eh? Le estaba esperando... Ya me dijeron que, más o menos, llegaría a esta hora... Bueno, el restaurante está cerrado, pero, si quiere, puedo prepararle un café. Tengo una cafetera eléctrica...

—No. No deseo nada, gracias. Iré a descansar.

—Le llevaré su maleta y le acompañaré a su habitación.

Era un hombre viejo, de aspecto cansino. Paul rechazó su ayuda.

—No se moleste. Yo puedo subirla. La habitación es...

—La ciento veintiuno. En el primer piso. Es la mejor habitación. En esta época del año, los turistas todavía no han venido. No hay muchos clientes. Si viene a descansar, aquí estará muy bien.

Paul pensó que tampoco tenía otro sitio donde ir. Aquél era el

único hotel abierto, de los tres de que disponía el pueblo. Era de una construcción rústica, pero confortable, y enclavado en un remanso del río, al otro lado del puente que lo cruzaba.

De nuevo, sus pensamientos volaron hacia el día anterior. Antes de hacer los preparativos para su marcha.

Aquella tarde había ido al Banco, poco antes de que cerraran.

—¿Veinticinco mil es lo que retira? —le preguntó el cajero, al que ya conocía de otras veces.

—Sí. En billetes pequeños...

—Es una buena cantidad.

—Voy a hacer un viaje...

—Puede utilizar su talonario en todo el país. Es menos peligroso.

—No, no. Lo prefiero en metálico. Billetes de cien y de cincuenta, y algunos de diez.

—Como usted quiera, señor Bougie.

Cuando hubo cobrado, se distribuyó el dinero en diferentes bolsillos, y salió del Banco.

Paul dejó de pensar por unos instantes, y se incorporó de la cama del hotel para aplastar el cigarrillo contra el cenicero que había encendido poco antes.

En su reloj era ya la medianoche.

En la finca de Francis Latour, en Goldfers, Maurice colgó el teléfono y pasó al gran salón, donde su jefe, sentado en un taburete de su bar particular, consumía su enésimo *whisky* del día.

—Paul Bougie se ha dado cuenta —dijo simplemente.

—¿Se ha dado cuenta de qué? —inquirió Francis, arqueando las cejas.

—De que le seguían.

—¡Maldita sea, Maurice! ¿Es que todo tengo que hacerlo yo? Te dije que contrataras a un buen detective. Quiero saber exactamente todo lo que hace Paul, en cada minuto de su vida...

—Bueno, hombre... No ha ocurrido nada irreparable. El hombre que le seguía ha sabido despistar, por lo que Paul ignora quién le ordenó que le siguieran.

—Pero ahora estará sobre aviso.

—No hay peligro. Sabemos dónde está, la localidad y el nombre del hotel. Mientras permanezca allí, nada tienes que temer.

—Tienes el cerebro más pequeño que un mosquito, Maurice. Este viaje puede haber sido una excusa. Puede regresar en cualquier momento e intentar de nuevo lo que no pudo conseguir la primera vez... —Hizo una pausa y, mirando fijamente la ventana por la que había surgido el disparo que taladró la madera de su piano, añadió —: Fue él. Atentó contra mi vida. Y volverá a hacerlo... Por eso necesito conocer todos sus movimientos... ¡Quiero descubrirlo por mí mismo! Éste es un asunto personal. Un juego en el que quiero ganar..., como siempre. Arriesgo demasiado.

—Puedes estar tranquilo, jefe. El detective me ha dicho que seguirá igualmente sus movimientos. Es muy competente, créeme. Si Paul Bougie sale del pueblo donde ahora se halla, lo sabremos. Si viene a París, lo sabremos igualmente.

—¿Estás seguro?

—Completamente, Francis, completamente.

—Bien. Espero que así sea. ¿Y... lo de la casa?

—De momento, siguen los policías que mandó Dubois, pero en cuanto dejen de vigilar, ya tengo a punto un par de buenos sabuesos. Estarás bien protegido. Nadie podrá volver a intentar contra tu vida.

Tras un silencio, y después de apurar su *whisky*.

Francis, con la mirada fija en un punto inconcreto, murmuró:

—Paul Bougie es tenaz, lo sé. No se dará por vencido. De un modo u otro, querrá asesinarme. Es su venganza. Iba a quitarle a su mujer, y esto no me lo perdonará jamás...

Una cinta magnetofónica, junto al estante donde tenía los instrumentos de grabación, estaba registrando las palabras de Francis.

Fuera del recinto del parque que rodeaba la finca de Francis, un automóvil se aproximaba a marcha moderada, con las luces apagadas.

El auto tomó un desvío antes de llegar al centro de la propiedad del *play-boy*, y avanzó por el camino vecinal que rodeaba aquella posesión.

Al fin, el coche se detuvo, y de él se apeó un hombre vestido de oscuro que, tras observar el sendero, se metió entre los setos.

Los dos policías que vigilaban la casa habían terminado la rutinaria ronda, y se reunieron cerca de la puerta principal, en cuyo

interior brillaban, a través de los ventanales cerrados, las luces de la casa.

—Esto es demasiado grande para que dos personas puedan vigilar a conciencia —dijo uno de los agentes de paisano.

El otro se encogió de hombros.

—Si las otras puertas y ventanas están perfectamente cerradas, tal como el jefe aconsejó a Latour, no tiene por qué temer. Si rompieran un vidrio, lo oiríamos. El único sitio fácil es éste, y por aquí no pasará nadie.

—Bueno. Y después de todo, no podemos hacer más de lo que hacemos —murmuró el otro.

El hombre que se había infiltrado entre los setos llegó a uno de los laterales de la casa y, en la semioscuridad, permaneció pendiente de una ventana del primer piso. Observó el árbol próximo y las enredaderas pegadas en la pared del edificio. Aguardó unos minutos, y pudo ver cómo las luces de la planta baja fueron apagándose. Poco después, se iluminaba la habitación objeto de su curiosidad.

Durante unos instantes, la silueta de Francis Latour se dibujó detrás de las cortinas.

El hombre al que, por la posición que ocupaba, nadie hubiese podido ver, permaneció en su puesto hasta que Francis se retiró para desaparecer totalmente de la vista exterior.

La luz de su habitación continuó encendida durante un buen rato. Luego, todo oscureció.

El hombre volvió por donde había venido y, poco después, se alejaba en su automóvil.

CAPÍTULO VIII

Habían transcurrido dos noches desde la llegada de Paul a su lugar de descanso. Al tercer día, y a media mañana, mientras se hallaba tumbado en una hamaca, a orillas del río, le llamaron desde el hotel:

—Al teléfono, señor Bougie. ¡Dese prisa! Es de París.

—¿De París?

—¿Carol? Casi no te oigo... Habla más fuerte...

—Se oye mucho ruido —logró entender Paul.

—Sí, sí... Pero ¿qué quieres?

—Es referente a la nueva serie...

—Te dije que no quería saber nada de trabajo.

—El director ha dicho que hasta dentro de tres meses no lanzará al mercado el primer número. Pensé que debía decírselo porque así podrá descansar todo el tiempo, sin preocuparse.

—Gracias, Carol. De todos modos, no debías haberte molestado. Ahora no quiero pensar en el trabajo.

El trabajo le recordaba su pasado, sus anhelos, cuando empezó, la casa donde conoció a Julie, que hacía de secretaria de uno de los directores, y sus contactos con Francis.

Sí, aunque su relativa amistad con Francis se perdía en los tiempos del Instituto, fue allí donde volvieron a verse. Francis ya empezaba a ser popular como *play-boy*, y entonces quiso convertirse en escritor, y compró parte de las acciones para así ver editados sus mamotretos. Y aunque la sección de los *cómics* era una de las muchas de la casa, y nada tenían que ver con la que trataba de los asuntos de Francis Latour, el solo hecho de tener que ver ambos en la misma casa, le sacaba de quicio. Pensaba en la traición de su mujer y en el hombre que le había robado la felicidad, porque aunque ella estuviera muerta, el golpe moral era el mismo, o acaso doble porque, a la pérdida del ser amado, se había unido el

descubrimiento de aquella infidelidad.

Odiaba a Francis, sí, y por ello aborrecía tener que colaborar en la misma editorial de la que también formaba parte como dueño.

Eso era un estímulo más que le impulsaba a no querer escribir.

Recordaba el día de su marcha, cuando acompañó a Solange al centro de París.

Ella le había preguntado:

—¿No serás tan idiota como para dejar tu trabajo definitivamente?

—La Sitensis no es la única editorial que existe. Además, puedo trabajar en Inglaterra; una vez, ya recibí una oferta. Lo bueno de este trabajo es que, cuando tienes cierta popularidad, los contratos llegan solos... Aunque, a veces, ya no sirva para nada.

—Comprendo... —murmuró Solange.

—No. Es difícil que lo entiendas.

—Sé lo mucho que la querías.

—¡Basta! No hablemos de ello.

—No te hagas mala sangre por un hombre como Francis.

—A pesar de que le crees un canalla, tú lo soportas.

—No será por mucho tiempo. Seguiremos siendo amigos. Ya te lo dije, una se acostumbra a una cosa...

—Le quieres... ¡Bah! Me pregunto cómo se puede querer a una persona capaz de...

No continuó. El odio le salía por los ojos. Trató de serenarse.

—Sí, Paul, aunque a veces cueste imaginarlo, en nuestro mundo ficticio también hay lugar para el amor. Una empieza siguiendo la corriente, deseando que la tomen por moderna, haciendo cosas absurdas, y acaba por creerse que esto es lo normal, sin darse cuenta de que sólo se hace el imbécil mientras se desaprovecha la juventud.

Paul dejó que se desahogara. Ella prosiguió:

—Quiero a Francis, pero no será para mí. Te dije que lo había dejado. No es verdad. Y no es cierto que me conforme con el papel de amiga, pero tengo que aceptarlo, porque cualquier día oirás la campanada.

—¿Qué campanada?

—Va detrás de la Terillac.

Paul enarcó las cejas.

—Es verdad. Tú no la conoces.

—Oí algo...

—Es una de tantas. Ha ido con unos y con otros. Francis la ha invitado a un par de cenas íntimas. Se casarán.

—Entonces... ¿Qué diablos era lo que sentía por mi mujer?

—Saca tú mismo las consecuencias.

—Pero él quería casarse, ¿no?

—Sí. Para divorciarse, seguramente, más tarde.

—¡Canalla!

—Esa Terillac es rica...

—¿Y qué? El también lo es.

Solange sonrió con desdén.

—Menos de lo que la gente supone. ¿Tienes idea de lo que cuesta mantener el tren de vida que lleva?

Francis se casó, una semana más tarde, en su finca, y volvió por sus fueros, organizando una gran fiesta, como si hubiese olvidado por completo la muerte de la mujer a la que dijo amar.

Chantal Terillac, millonaria y famosa por sus extravagancias, estrella indiscutible de las revistas mundanas, era un par o tres años mayor que Francis, pero sabía disimularlo con su maquillaje, del que se requieren horas y paciencia ante el espejo.

Maurice se había ocupado de los detalles, sin descuidar la vigilancia de la finca.

—Dubois preguntó si quería que mandase a un par de agentes, pero le dije que podía ahorrarse las molestias. Además de los dos hombres, he contratado a otros seis. Con tanta gente, la vigilancia no estará de más, y me fío más de los míos —había dicho el secretario, aquella mañana, antes de la ceremonia.

—¿Paul no se ha movido de su refugio? —inquirió Francis.

—No, según mis noticias. Lleva ya doce días.

—Que sigan vigilándole. No me fío. Aunque pase el tiempo, no me fío. Sé que es de los que saben esperar.

—Seguiré vigilando hasta que tú lo dispongas.

—¿Algo más?

—No. Está bien. Tendrás una gran fiesta —sonrió Maurice.

Entretanto, Paul, aquel día, precisamente, había recibido una carta de Carol, que le dejó atónito:

«Apreciado señor Bougie:

»Hubiese preferido no molestarle, aunque por otra parte me agradaría saber qué tal se encuentra y desearle que su estancia en ésa sea del todo placentera para la paz de su espíritu.

»Sin embargo, el motivo de mis líneas es para informarle de la visita del señor Stevenet, relativa a los asuntos de la herencia de su esposa que en paz descansa, por si usted desea arreglarlos cuanto antes. De cualquier modo, dicho señor quiere que usted sepa que puede esperar todo el tiempo que usted guste. Sólo insistió en que le informara de que todo está arreglado.

»Con el ferviente deseo de que su salud y estado de ánimo se encuentren lo mejor posible, reciba el afecto y consideración de

CAROL».

—¿Notario Stevenet? ¿Herencia? ¿Qué significa todo esto? —se preguntó Paul con la carta entre sus manos.

No. No comprendía aquello, y por eso llamó a París para ponerse en contacto con su secretaria, a la que no logró encontrar, a pesar de que lo intentó varias veces.

Al dorso de la carta, Carol había anotado las señas del notario; correspondían a Niza, con oficina en París.

Como ya era tarde, decidió llamar a la oficina de la notaría en París, al día siguiente. Consiguió la comunicación sobre el mediodía, y en efecto, habló con Stevenet.

—Desde luego, estos asuntos es mejor no tratarlos por teléfono, señor Bougie, pero puesto que ha sido tan amable en llamarme, será mejor que, para los trámites, se dirija a nuestra casa en Niza. El protocolo se halla allí, con todos los detalles.

—Señor Stevenet... ¿Está seguro de que no se trata de un error?

—En absoluto, señor, pero mis superiores le informarán debidamente.

—Entonces..., ¿se trata de una herencia?

—Una herencia considerable.

—Pero mi esposa carecía de bienes de propiedad.

—Repito, señor Bougie. Mis superiores, en Niza, le informarán.

Si quiere, puedo concertar la entrevista para cuando lo desee, a fin de evitarle molestias.

—Sí, gracias. Dígales que... iré mañana. Por la mañana. Voy a salir ahora mismo. Pero el viaje es largo. Estoy en el Perigord.

—Bien, señor Bougie. Les advertiré que estará usted allí, antes de mediodía.

Cuando Paul colgó, estaba todavía más perplejo. ¡Su esposa le había dejado una herencia!

Pero... ¿de dónde había salido aquel dinero?

O como se preguntó durante el viaje: ¿Es que acaso jamás había llegado a saber quién era, realmente, su esposa?

CAPÍTULO IX

Realizó el viaje en el mismo automóvil que había alquilado. Le fatigaba conducir, pero era la combinación más rápida de que disponía.

La ruta era larga, y realizó diversas paradas, descansando en la carretera, en el mismo automóvil, para proseguir y llegar a la capital de la Costa Azul, a primeras horas de la mañana.

Entretanto, Maurice informaba a su jefe:

—Paul Bougie salió ayer tarde. A estas horas, se halla ya en Niza. Éstos son los informes que poseo.

—¿Niza? —inquirió, soñoliento, Francis.

La conversación tenía lugar en el dormitorio. Maurice había entrado para despertar a su jefe, a cuyo lado, arrebujada entre las sábanas, se hallaba Chantal Terillac, dejando entrever su cuerpo.

—Mmmm... ¿Qué ocurre, querido? ¿Es que ahora recibimos visitas en nuestra propia alcoba?

Francis hizo un gesto, indicando a su secretario que saliera.

—Vamos a hablar de esto, fuera —murmuró.

Y Paul, ya en el despacho de los notarios, estaba siendo informado de lo que para él carecía de toda explicación:

—Su esposa, que en paz descanse, tenía pariente, establecido en Inglaterra.

—Sí. Eso lo sé. Ella me había hablado en alguna ocasión, pero jamás me dijo que era su heredera.

—En realidad, no lo sabía. Ese pariente, un tío en segundo grado, solía pasar sus vacaciones en Niza, y aquí fue donde nos trajo su testamento. Es decir, nosotros se lo redactamos, de acuerdo con su voluntad.

—¿Y..., cuánto tiempo hace que ese pariente de mi esposa murió?

—Bueno, el señor Fennet murió hace tres meses. Dos días más

tarde, se lo comunicamos a su esposa, mediante carta...

Paul pensó:

«Ella no me dijo nada».

El notario prosiguió:

—Su esposa nos comunicó, por escrito, que arreglásemos las cosas para que pudiera disponer del dinero. En realidad, había muy poco que arreglar, puesto que todo está en orden.

«Claro —siguió pensando Paul—. Ya tenía la idea de pedir la separación para casarse con Francis».

El notario continuaba con sus informes:

—Desgraciadamente, su esposa no pudo hacerse cargo del testamento. Nos enteramos de su muerte, e hicimos algunas gestiones... En fin, señor Bougie, usted era el heredero legítimo de los bienes de su mujer; por lo tanto, podrá disponer de la herencia que ella nunca logró disfrutar, deducidos los porcentajes que marca la ley para estos casos...

«Quizá ella lo sabía antes», pensó Paul, casi ajeno por completo a las palabras del notario.

—¡Ah! Falta lo principal. La suma, entre efectivo y propiedades, convertidas en francos, asciende a... un millón doscientos setenta mil...

No. No era la cuantía lo que había impresionado a Paul, dejándole mudo de asombro, eran los fugaces recuerdos de otras épocas:

—Lucharé para crearme un porvenir. No soy rico, pero nunca te faltará nada.

—Sólo te quiero a ti, querido. El dinero carece de importancia.

Y en otra secuencia de su vida, durante unos tiempos verdaderamente malos, él le había dicho:

«—Es todo lo que nos queda. Los últimos cincuenta francos. Pero saldremos de esta situación.

—Me gustaría poder ayudarte, amor. Pediré mi antiguo puesto en la editorial...

—No. Ten un poco de paciencia, sólo unas semanas; me han prometido un nuevo trabajo...»

Los afanes de Paul, la sumisión y el conformismo de ella. Luego, ya todo empezó a ir mejor.

«—La cuenta va aumentando —le dijo ella, otra vez.

—Este verano haremos un viaje. A España...

—Oh, no. Es mejor ahorrar.

—Unos días al campo.

—Odio el campo. Me parece un enorme cementerio.

—Iremos donde tú quieras.

—No pienses en gastar dinero. Todavía no nos sobra...»

Luego, pasó el tiempo. A Paul le pasó casi volando, siempre frente a su máquina de escribir, cavilando nuevas ideas. Aumentaron los ingresos; podían darse una vida sin privaciones, y aumentar sus ahorros. Pero ella se mostró siempre absolutamente desinteresada.

Sin embargo, cuando la fortuna llamó a su puerta, cuando había heredado aquel montón de dinero, ni siquiera se lo había dicho a él...

El notario interrumpió sus fugaces pensamientos.

—Le he dicho que la suma...

—Lo he oído, señor —cortó Paul a su vez.

—Parece no interesarle mucho...

¿Le interesaba, en efecto?

—Hay ciertas formalidades, sin embargo, que deben seguir su curso...

Paul no escuchaba. ¿Debía aceptar aquel dinero?

Deambuló por Niza como si flotara entre nubes de algodón.

Se dio casi de bruces en la portada de una revista, colgada en un puesto de periódicos.

Primera página, con fotografías, de la boda de Francis Latour.

Sintió, de nuevo, revivir su odio profundo.

A la mañana siguiente, regresó al Perigord; otra vez necesitaba reflexionar, serenarse.

Maurice, por la noche, informó a su jefe. Era otro día de fiesta.

—Bougie ha regresado a su refugio.

—¿Qué ha ido a hacer a Niza? —preguntó Francis.

—A visitar a un notario. —Entregó el informe, que sacó del bolsillo, y lo pasó a su jefe—. Ahí tienes el nombre.

—¿Algo más?

—No. Pero si quieres saber por qué visitó a ese notario...

—No. No importa. ¿Dices que ha regresado?

—Sí.

—Bien, bien...

Reporteros gráficos rondaban cerca, querían informaciones.

—¿Es verdad que van a realizar un crucero?

—Sí, sí. Es verdad. También tenemos derecho a celebrar nuestra luna de miel privada, ¿verdad? —contestó Francis, adoptando su estilo, desenfadado.

—¿Cuándo se irán?

—Dentro de dos días. Ésta es nuestra última fiesta, pero habrá más, cuando regresemos...

—¿Dónde piensan dirigirse...?

Las preguntas se sucedían, y el bullicio estaba en su apogeo.

Contrastaba con el silencio de la región donde Paul descansaba.

Allí, a la orilla del río, el guionista estaba jugando una partida de ajedrez con un representante de comercio que había pasado unos días en aquella zona.

—Me alegro que haya vuelto. Cuando salió para Niza, pensé que había perdido a mi mejor rival... No se encuentran buenos jugadores de ajedrez, en esta época...

—El representante nunca veía el momento de poner punto final a sus peroratas, aunque Paul apenas le oía.

—Sí, de veras... Cuando me toca viajar por esta región, siempre elijo este pueblo y este hotel. Esto es mi cuartel general. Entre usted y yo, lo que hago es tomarme unas vacaciones. Tengo buenos agentes, que trabajan para mí. Yo sólo tengo que anotar los pedidos y, como sobrepaso en mucho la cifra que la casa me impone, pues...

Paul seguía pensando en la herencia. ¡Tenía gracia! Iba a convertirse en millonario, gracias a una mujer cuya infidelidad descubrió, después de muerta.

—Jaque, amigo...

—Lo siento, hoy no estoy de humor para jugar. Prefiero dar un paseo —cortó Paul.

—¿Piensa regresar a París pronto...?

La camarera llamó a Paul para informarle que tenía una llamada telefónica con París.

Era la tercera que recibía, y las tres —aquella también lo era— habían sido de su secretaria, casi siempre para decirle cosas que no le importaban. Sin embargo, lo de la herencia se lo había comunicado por correo.

—¿Qué ocurre, Carol?

Una endiablada comunicación, como casi siempre, le impedía escuchar con nitidez la voz de su secretaria.

—¿Siempre hay estas comunicaciones tan malas con París? —inquirió, después de preguntar tres o cuatro veces a Carol por qué le llamaba.

—Normalmente, se oye bien. Usted está de desgracia, señor —le dijo el patrón, desde el bar.

—¡Carol, Carol! Si no es nada importante, cuelgue y mándeme una carta... No estoy decidido aún sobre lo que voy a hacer.

Ahora la voz, aunque extraña, sonó con mayor claridad:

—Es importante que venga, señor Bougie. Se trata de algo relacionado con su esposa.

—¿Qué...?

—No puedo decírselo por teléfono, pero he sabido algo..., por Maurice. Mañana por la noche, debe usted ir a casa del señor Latour.

—Carol..., ¿quién le ha dado este encargo? ¡Carol! ¿Me escucha?

—Oiga... No puedo hablar ahora... Vaya usted allí, y se enterará de algo muy importante... Vaya, por favor... ¡Oh!

—Carol... ¿Le ocurre algo?

—No, señor Bougie. Me encuentro perfectamente. Haga lo que le he dicho. No se arrepentirá. Es muy importante...

Luego, las palabras se volvieron nuevamente confusas. Por fin, la conversación se interrumpió.

Primero la herencia, luego aquella llamada... Sí. Paul decidió ir a París.

Algo extraño estaba sucediendo... Algo similar a una red que se estuviera tejiendo a su alrededor. Pero... ¿qué significado podía tener?

CAPÍTULO X

—Paul Bougie ha pagado su cuenta en el hotel, y ha reservado un billete para París. Hoy mismo estará aquí —dijo Maurice a su jefe, repitiendo las noticias que acababa de recibir.

—Justamente esta noche... Hubiera podido retrasar la llegada.

—Quizá sea una coincidencia.

—No. Soy demasiado popular. Habrá leído en cualquier reportaje que mañana empiezo mi viaje. El quiere estar aquí, antes de que me vaya...

—Tal vez desea hablarte. Tú insististe mucho en ello.

—Maurice, Maurice... Tú nunca has creído realmente que Paul Bougie quisiera matarme, ¿verdad? Me tomas por un aprensivo.

—No, Francis, pero han pasado muchos días... En este tiempo, puede haber reflexionado.

—Tú no le conoces. Te dije que era tenaz, y, sobre todo, paciente. Es de los que saben esperar su oportunidad...

—Bien, si quieres, puedo reforzar la vigilancia.

—No. Pero llama a Dubois, y pídele a un par de hombres. Me sentiré más seguro. Por mí y... por mi mujer. Ella no sabe nada de esto. No quiero..., no quiero asustarla.

—Llamaré a Dubois —repuso el secretario.

—¡Ah! Otra cosa... ¿Qué hay de la secretaria de Paul Bougie?

—¡Oh! No me pediste que la vigilara, ¿verdad?

—No, pero... sé que tienes que ver con ella.

—Es muy esquivia. Se ve que no acabo de gustarle. Es una espina que tengo clavada. Sospecho que está enamorada de su jefe. Y ahora que es viudo..., querrá pescarle.

—Bueno, pero, gracias a ella, supimos que Paul había ido al Perigord.

—Sí, eso pude sacárselo... ¿Por qué? ¿Necesitas algún otro informe?

—No, no. De todos modos, por si acaso... ¿Ella sigue trabajando en casa de Paul?

—El le dio vacaciones mientras estuviera ausente. Algunas veces ha ido a su casa, según creo, quizá por nostalgia —sonrió Maurice.

—¿Se ha tomado estas vacaciones?

—No, no. Pasa el día en su casa, pues tiene un apartamento a medias con otra chica. ¿Tengo que verla para algo?

—No. De momento, no —murmuró Francis, pensativo.

Aquella noche, en la finca de Francis, reinaba un silencio desusado. Volvía a ser la casa tranquila de los días que siguieron a la muerte de Julie Bougie.

Cuatro hombres vigilaban los alrededores de la casa. Dos guardaespaldas, contratados por Maurice, y dos agentes, enviados por Dubois.

Francis y Chantal se habían retirado a sus habitaciones.

—Pareces nervioso —le dijo su mujer.

—¿Nervioso? Pienso en mañana, querida. Este crucero me ilusiona mucho, aunque no lo creas —disimuló él, mostrándose jovial.

—Has hecho otros, y en compañía de mujeres muy hermosas. Yo también he seguido tu vida, a través de lo que publicaban de ti.

—Por propia experiencia, no deberías creer en todo lo que dicen de uno —replicó él, aproximándose al ventanal de la habitación.

—¿De veras no estás nervioso? —insistió.

—Ya te lo he dicho. —Y para variar, murmuró—: Hace una noche estupenda, ¿eh?

—Sí, la hace... ¿Te acuestas o vas a pasarte la noche junto a esta ventana?

—Voy... Voy un momento abajo. Me olvidé de dar un encargo a Maurice.

—¿No puedes dárselo mañana? Parece que no puedas vivir sin Maurice.

—El me resuelve muchos problemas. Es idiota, pero sabe lo que le conviene, y sobre todo, ha aprendido a conocer mis gustos... En seguida vuelvo.

Maurice, que se hallaba fumando y bebiendo tranquilamente, bajo la tenue luz del bar privado, se levantó al ver a su jefe.

—No, no. Puedes seguir cómodamente sentado... Supongo que

todo está en orden.

—Sí, Francis. Nadie va a dormirse esta noche. Ni siquiera yo.

—¿Vas a pasarte la noche aquí?

—No creo que ocurra nada. En esto discrepo totalmente de ti, pero aunque sólo sea para tranquilizarte, sí. Me quedará aquí.

—Eres inapreciable, Maurice.

—Tranquilo. Ve con tu mujercita. No pasará nada. Ya lo verás.

Por la carretera, bastante cerca ya de la casa, Paul Bougie conducía sin demasiada prisa. A veces, se volvía hacia atrás como si temiera que alguien le siguiese; pero no, la carretera, a su espalda, seguía despejada. Algunas veces, pasaba algún vehículo veloz, que se perdía en seguida.

Claro que Paul ignoraba las instrucciones que Maurice había dado a la agencia de detectives, aquella misma tarde:

—Mi jefe teme que esta noche Paul Bougie pueda ir a su casa, pero vayan con mucho cuidado al seguirle. Es muy suspicaz.

—Eso ya lo sabemos —le respondieron.

—Bueno. Entonces, depende de vosotros elegir el medio para seguirle sin que él se dé cuenta.

—Descuida, pero con la de cosas especiales que nos pides, la nómina va a subir bastante.

—No os preocupéis. Ya sabéis que no me gusta regatear. Os mandaré un anticipo. Mi jefe y yo somos muy generosos.

—Bien, le seguiremos por el sistema de relevos. Siempre tendrá alguien a su espalda o delante de sí... No se dará cuenta. Cuando piense que le siguen, verá pasar el coche por su lado a gran velocidad, pero, en realidad, más adelante le esperará otro, que a su vez será relevado. Es un sistema que nunca falla porque vamos provistos de radios portátiles. Por eso te digo que el precio es caro.

—Es muy difícil que podáis arruinar a mi jefe —repuso Maurice.

—De todos modos, ese individuo es un tipo más listo de lo que parece. ¿Sabes lo que ocurrió en el Perigord?

Maurice escuchó, divertido, lo que le contaron de la agencia de detectives. Era relativo a algo que sucedió aquella mañana, en el pueblecito del Perigord.

Ocurrió precisamente cuando un cierto viajante de comercio, desde un bar de la tranquila villa del Perigord, llamó por teléfono a Perigueux para informar:

—El pájaro vuela hacia París, informa al jefe... Sí, sí... Estoy seguro. El mismo me lo ha dicho. Se larga mañana por la mañana. Llegará a París en el «Capitole» de las 13,41. Sí..., sí, hora de llegada a París.

El pseudorepresentante de comercio llamaba desde el teléfono colgado en la pared de una esquina del local, y no advirtió la presencia de Paul hasta después de haber colgado.

Fue una coincidencia, claro, pero el caso es que Paul le había oído, y entonces se limitó a decirle:

—Jaque, amigo...

—¿Cómo? —preguntó el otro, como un estúpido.

—Que esta vez ha perdido. ¡Jaque mate! —Y apenas lo hubo dicho, soltó su puño derecho hacia el rostro del falso representante de comercio, mandándola contra una mesa y las sillas correspondientes, desde donde pasó al suelo, medio inconsciente, tras el gran estrépito.

La escasa clientela del bar quedó atónita, mientras Paul se alejaba hacia el hotel.

Y ahora Paul Bougie, conduciendo su automóvil en la noche, se aproximaba cada vez más a la casa, pensando también en sus cosas. Pensando en algo que le preocupaba profundamente.

Pensando en...

CAPÍTULO XI

Paul se volvió hacia el retrovisor, y vio los faros de un automóvil que se aproximaba. Aminoró la marcha y comprobó que el otro auto mantenía la misma velocidad, haciéndole señal indicadora de que iba a pasarle.

Paul le dejó libre el camino, y le vio alejarse. No. Tampoco aquel coche le seguía. Pero...

Paul se dirigió hacia Perigueux, con el coche de alquiler. Pero, en realidad, lo que hizo, en principio, fue fingir que se iba. Dejó el coche en un lugar próximo, y regresó al hotel, utilizando la puerta trasera.

Era muy temprano. Las seis, pero tenía una hora de viaje hasta Perigueux, desde donde tenía que tomar el enlace hasta Brive para subir al «Capitole», que efectivamente llegaba a París a las 13,41.

El falso representante seguía en el hotel, aunque, desde la tarde anterior, no hubiese dado señales de vida; pero Paul intuyó que tan pronto como él se hubiese marchado asomaría las narices, aunque sólo fuera para cerciorarse de su partida.

Y el tipo estaba fuera. Había visto marchar al escritor de *cómics*, aunque no reparó en su vuelta.

Cuando apareció, el falso comerciante quiso ponerse en guardia, pero, antes de advertirlo, se vio midiendo el suelo con sus costillas, a consecuencia de un buen directo.

—Lo de ayer fue solo un aperitivo, amigo. Ahora me dirás para quién trabajas. —Y Paul le empujó hacia un rincón, protegido de posibles miradas indiscretas.

A lo lejos, un gendarme pedaleaba, montado en una bicicleta. Paul tapó la boca a su antagonista y, cuando el gendarme estuvo lejos, le soltó un buen gancho en la boca del estómago, que el otro acusó con un gruñido.

—Oye. Te advierto que, en mis tiempos, el boxeo no se me daba

mal. En el Instituto llegué a subcampeón, y estas cosas no se olvidan... ¿Quieres otra muestra? ¿O prefieres que te suelte un tiro?

Le soltó para meterse la diestra en el bolsillo y mostrarle un bulto alargado.

—Tengo una pistola, amigo... Y no me importaría utilizarla...

—Bueno. No es para tomárselo así... A mí me pagan... Yo cumplo con mi deber.

—Lo sé, amigo, lo sé... Pero ¿quién? ¿Quién es el hijo de perra que te paga?

—La agencia. Una agencia de Perigueux... Me dieron el encargo...

—¿Y quién paga a esa agencia?

—No lo sé. Le doy mi palabra. Es la agencia Taiman, pero, si va allí, no se lo dirán. Eso es información privada. Pruébelo, si quiere. Es todo lo que puedo decirle.

Durante el viaje, intentó descubrir, entre los pasajeros, al que pudiera estar encargado de su vigilancia, pero no logró encontrar a nadie, si es que había alguien con tal misión.

Sabía que le esperarían en Austerlitz, y, por eso, cuando el tren llegó a la estación, él se situó en la última unidad del convoy, y saltó antes de que estuviera parado por completo, atravesando rápidamente las vías y perdiéndose entre los demás trenes que se hallaban en la estación.

Salió por una puerta lateral, y tomó un taxi, partiendo rápidamente.

Hizo que el chófer diera un buen rodeo, y comprobó, con satisfacción, que nadie le seguía.

Claro que para quienes tenían interés en controlar sus pasos era relativamente fácil reanudar la caza, ya que, por lógica, debían imaginar lo primero que haría en París; por ejemplo, ir a su casa...

Paul, continuando en sus recuerdos, revivió aquella llegada suya, tan accidentada, y su primer visita, sin pasar siquiera por su casa.

Se había dirigido directamente al domicilio particular de su secretaria Carol para que le aclarara la llamada.

No encontró a nadie, y aguardó.

Cansado de hacerlo, dejó una nota en el buzón, y entonces se dirigió a su casa. Allí tomó un baño, se sirvió algo de beber, y llamó

nuevamente a su secretaria, sin recibir respuesta.

Poco después de las seis, se hallaba de nuevo en casa de Carol, donde fue atendido por su compañera de habitación, una muchacha llamada Simone.

—Sí. Ya he visto su nota en el buzón, señor Bougie, pero la verdad es que no sé dónde ha ido Carol.

—Bebió ser esta mañana o a mediodía. No lo sé. Yo, todos los días, regreso más o menos a esta hora, y hoy encontré esto. —Y mostró a Paul unas líneas escritas por Carol:

«Estaré dos días ausente. Voy a ver a tía Katie.

»Carol».

Cuando Paul leyó la nota, vio claramente que allí había algo que no concordaba. ¿Por qué Carol le había hecho venir de París con tanto misterio para luego ella irse a visitar a tía Katie?

De un modo u otro, le habían sacado de aquel tranquilo pueblo de la región del Perigord para obligarle subrepticamente a dirigirse a la villa de Francis Latour. Era una especie de encerrona. El lo sabía.

Recordó la escena con el falso vendedor del Perigord.

«Tengo una pistola, amigo, y no me importaría utilizarla...», le había dicho.

Pero, en realidad, el bulto de su bolsillo era simplemente una llave, aumentada con el propio dedo.

Dejó sus recuerdos cuando vio ante sí la silueta de la casa casi a oscuras. Sólo brillaban las luces del parque, pero no en su totalidad. El resto de la casa quedaba silueteada únicamente por el resplandor de la lima, y no era normal, conociendo a Francis y su afición de acostarse cuando mucha gente ha empezado ya su jornada laboral.

—Seguiré el juego —murmuró el guionista.

Y se adentró por el sendero que bordeaba la finca.

Poco antes, Maurice, el inefable secretario, había recibido una comunicación especial. Una comunicación transmitida por radio, cuyo aparato receptor manejaba sin moverse del sofá donde se hallaba tendido:

«Nuestro hombre se dirige hacia la casa. Parece no tener prisa. Marcha a velocidad moderada. Calculamos que llegará más o menos

sobre las once».

Maurice consultó su reloj. Entonces faltaban todavía diez minutos para las once. Pulsó el botón del intercomunicador para comunicar con la habitación de su jefe.

Francis, naturalmente, no dormía.

—Por si te interesa, jefe, Paul estará aquí en unos diez minutos. ¿Quieres recibirle?

—¿Estás seguro? —inquirió la voz de Francis.

—Noticias frescas. ¿Deseas que avise a la gente?

—No, no... Es decir... Lo que deseo es saber con qué intenciones viene...

—No creo que eso sea muy difícil averiguarlo, Francis. No te preocupes... No ocurrirá nada..., «que no deba ocurrir» —recalcó Maurice con una sonrisa burlona en los labios, como si aquello le divirtiera enormemente.

En el exterior, cuatro hombres rondaban en torno a la casa, en medio de un silencio que casi dañaba los oídos. Cuatro hombres que guardaban las espaldas de Francis Latour.

CAPÍTULO XII

Paul buscó un hueco por donde aproximarse a la casa, atento al menor ruido, con los sentidos en tensión y despierto de reflejos. Intuía que iba a ocurrir algo. Algo que, de una manera u otra, debía afectarle.

Pensaba en Carol. En el porqué de aquella última llamada. En su viaje repentino, justo el día en que ella le había citado.

Se plantó cerca de la casa, donde reinaba la más absoluta oscuridad. Las lámparas del parque tampoco estaban encendidas en su totalidad, por lo que Paul se hallaba en medio de la penumbra.

Algo se movió entre la maleza, y Bougie se volvió, de súbito, dispuesto y en guardia contra lo que fuera.

Un gato maulló, y salió corriendo para perderse en la oscuridad. Paul soltó un respingo. Estaba lleno de tensión. Miró el edificio y vio la ventana que se iluminaba. Era el dormitorio de Francis. Avanzó unos pasos, y miró en torno suyo. No se veía nada absolutamente.

«¿Por qué habían querido atraerle hacia allí?».

Maurice salió de la casa en aquellos momentos, y atrajo la atención de uno de sus guardaespaldas, con el que estuvo cambiando unas palabras. Casi en seguida acudió el otro.

Los dos agentes de la policía, enviados por Dubois, quedaban más lejos, más próximos a la entrada principal del parque de la villa.

Transcurrió un tiempo indefinido, sin que nada alterara aquella paz.

De pronto, todo cambió.

Primero fueron dos disparos, mezclados con el ruido de unos cristales rotos, luego otro disparo y un grito indefinido.

—¡Por allí! —gritó uno de los policías, señalando la parte lateral de la casa.

Maurice se unió a ellos igual que los guardaespaldas privados para correr hacia el lugar de donde habían partido los disparos.

La voz de Francis rompió de nuevo el silencio. Desde lejos, su silueta se agitaba por la ventana que había abierto:

—¡Ha caído! ¡Está ahí! ¡Ha intentado asesinarme!

Cuando los cinco hombres llegaron al pie de la ventana, encontraron un cuerpo en el suelo. Era un hombre caído de bruces. Uno de los policías le volvió ligeramente para poder verle el rostro.

Maurice confirmó:

—Es Paul Bougie. —Y en su semblante se dibujó una fugaz sonrisa.

—¡Se ha encaramado por la ventana! —gritó Francis desde lo alto.

—¡Está herido! —murmuró el policía, observando el hombro de Paul Bougie.

—Yo he disparado para defenderme —repuso Francis.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el mismo policía, y, antes de que Francis respondiera, murmuró—: Habrá que advertir al jefe.

—Sí, yo estoy bien, pero lo que me extraña es que, con todo este ruido... —Francis se volvió hacia la cama, y avanzó unos pasos para volver seguidamente y gritar:

—¡Mi esposa! ¡Está herida...! ¡Vengan inmediatamente! Voy a llamar a un médico.

Lo que necesitaba Chantal no era un médico, sino un forense. Estaba muerta.

La ambulancia, los técnicos de la policía, incluso la prensa, cuyos representantes, que aguardan siempre los sucesos, el forense..., todos se habían dado cita en aquella casa, habituada a grandes fiestas. En esa noche, sin embargo, nadie había sido previamente invitado, y tampoco sonaba la música.

No obstante, cuando las preguntas y los interrogatorios hubieron terminado, y Maurice cerró la puerta, Francis se dejó caer en un sillón, y murmuró:

—Creo que nos merecemos un *whisky*.

—Sí. Todo ha funcionado perfectamente.

—¡El magnetofón! —exclamó el dueño de la casa.

—Ahora está cerrado. Esta conversación no interesa a nadie — sonrió Maurice, sirviendo la bebida.

Luego, ambos paladearon generosas raciones de alcohol.

Ambos sabían la versión auténtica de lo ocurrido. Ambos lo habían planeado.

El miedo que Francis fingía tener de una posible venganza por parte de Paul Bougie había sido cuidadosamente grabado, «por si acaso».

En su reciente declaración, Francis dijo:

«—Suelo grabarlo todo, las fiestas, las conversaciones, tengo pocos secretos, Dubois, y para mí todo es historia. Guardo cientos de cintas... Ahí tiene un par de ellas... Yo pedí a mi secretario que buscara una buena agencia de detectives para que vigilara a Paul. Temía que, en cualquier momento, pudiera aparecer para matarme...»

En las cintas, Dubois había escuchado fragmentos de aquellas conversaciones:

«—Quiero conocer todos sus pasos, Maurice. Sé que algún día vendrá. Es tenaz, terco. Tú no lo crees, pero yo le conozco bien».

Y luego, el propio Francis insistiendo al inspector Dubois:

—Cuando hablaba de esto con Maurice, jamás pensé que pudiera ocurrir esta tragedia. La víctima debía de ser yo. Esto salta a la vista, pero ha habido un error. Paul se ha confundido, o ha tirado a bulto, y la pobre Chantal... ¡Dios mío! Ni siquiera habíamos iniciado nuestra luna de miel.

Dubois había ido tomando nota, y ahora Francis sonreía.

—Lo que más ha convencido a Dubois es la declaración del detective que vigilaba la parte exterior. El ha confirmado que vio entrar por la maleza a Paul, y que sus compañeros venían siguiéndole desde París... El sujeto supo representar muy bien su papel.

Y recordó las palabras de un hombre vestido con un traje oscuro, el mismo que días atrás merodeaba por la casa, estudiando el terreno.

Aquel hombre, cuando le tocó el turno en el interrogatorio previo, había declarado:

—Sí. Aparte de mis compañeros, yo montaba guardia en la casa. Sólo dejé de venir cuando Paul Bougie se hallaba fuera de París.

Hoy, al recibir la comunicación de mis superiores de que podía regresar volví a mi puesto.

—¿Y por qué no avisó, cuando le vio llegar? —preguntó Dubois.

—Se metió entre la maleza, y le perdí el rastro. Estaba todo muy oscuro. Pensé que lo mejor sería avisar a Maurice, pero cuando me dirigía hacia la casa, sonaron los disparos.

—¿Vio usted a Paul Bougie encaramado en el tronco de la enredadera?

—Le vi caer, sí, señor..., después de que sonara el último disparo.

Francis volvió a la realidad, y comentó:

—Toda una agencia nos respalda. Lo que pueda decir Paul carece de valor. Si habla de la llamada telefónica de Carol, él mismo se hundirá, porque su secretaria «no le dijo nada».

—No, Francis —corroboró el secretario—. Carol no le llamó ni una sola vez, pero él recibió tres llamadas. Las dos primeras para recibir informes sin importancia, a fin de que se aclimatara a la voz y a una deficiente recepción. Así, la tercera vez ya no le dio ninguna importancia.

—La suerte ha jugado una baza importante a nuestro favor, al hacer que, precisamente hoy, Carol no esté en París.

—Sí. Fue una suerte que decidiera ir a visitar a su tía. Esto retrasará su declaración.

—¡Oh! Pero su declaración es lo de menos. ¿Verdad?

—Eso espero.

—¿Temes algo, Maurice? ¿Acaso no ha salido todo a pedir de boca?

—Claro que sí. Todo ha salido bien, pero no sé..., demasiado redondo.

—Nos respalda una agencia de detectives. Luego están las sospechas veladas que he dejado entrever, y el golpe final. Paul ha caído él sólo en la trampa.

—El negará, por supuesto. Dirá la verdad.

—Dirá su verdad, Maurice, porque, en realidad, la única verdad sólo la sabemos tú y yo: Jamás se le ocurrirá pensar en el motivo principal de toda esa comedia.

—Por supuesto, Francis, la policía no va a creerle. Le han encontrado el arma homicida, con sus huellas, y un testigo ha

afirmado haberle visto saltar por la ventana. Sí. Creo que podemos beber tranquilos... —sonrió Maurice y, levantando el vaso, añadió —: ¡Por la verdad!

CAPÍTULO XIII

Para Paul Bougie sólo existía una verdad, al menos, por el momento. Era la única verdad que recordó al despertar en la cama del hospital donde le llevaron, después de haberle encontrado sin sentido, con un rasguño en el hombro, muy superficial, y una pierna rota por el fémur, lo cual le mantenía en una de las posiciones más incómodas que puedan darse como consecuencia de una rotura.

Paul recordaba cómo, a pesar de sus precauciones, alguien le había golpeado, dejándole sin sentido. En realidad, de ello ni se acordaba siquiera. Era mejor decir que lo deducía.

Maurice —o Francis— le hubiesen dicho que, a continuación de que Paul fuera golpeado por el hombre que vigilaba la parte lateral del jardín, aquel tipo vestido de oscuro, adscrito a una agencia de detectives parisiense, inmediatamente fue conducido por el mismo individuo, a través de una escalera posterior, hasta el primer piso de la casa, e introducido en la habitación de Francis Latour.

¿Acaso podía resultar extraño que la flamante señora Latour no se despertara con tanto ajetreo?

Pues no. No lo era. Y no lo era porque su amante esposo, una vez observó cómo el cuerpo inanimado de Paul era cargado por los fuertes brazos del tipo que le había golpeado, se colocó junto a la ventana, cerró los cortinajes y, sacando de su fastuoso batín de seda un revólver, provisto de silenciador, apuntó dos veces al cuerpo de su dormida esposa.

Apenas hubo disparado, la magnífica colcha de seda mostró dos pequeños agujeros a la altura de la garganta de la dama, y de esos agujeros comenzó a surgir un tinte rojizo: sangre.

Casi sin solución de continuidad, apareció el hombre cargado con el cuerpo de Paul Bougie.

—¿Ya? —inquirió simplemente.

—El revólver —dijo, entregando el arma homicida a su ayudante

eventual.

—Sujételo, por favor —dijo el individuo, refiriéndose al cuerpo de Paul.

Francis obedeció, mientras el otro limpiaba cuidadosamente las huellas del revólver que acababa de entregarle Latour. El tipo utilizaba guantes para no dejar impregnadas las suyas. A continuación, colocó el seguro y puso el arma en la diestra del inconsciente Paul Bougie, presionando su índice para que quedaran grabadas sus huellas.

—Listo —dijo, haciendo que Paul continuara manteniendo sujeta el arma—. En el momento de echarlo por la ventana, le quitaremos el seguro, pero estoy pensando que...

—¿Qué? —inquirió Francis, nervioso.

—Esto no es muy alto. Un par de metros, gracias al desnivel, pues esta parte queda más elevada que el centro. Sin embargo, hummm..., una mala caída podría proporcionarle la muerte.

—Eso a mí no me importa.

—Sien. En ese caso, habría sido mejor eliminarle de un balazo.

—¡Eso, no! —exclamó Francis sin levantar demasiado la voz.

—No veo la diferencia.

—Olvida que voy a confesarme autor de los disparos que ahora mismo efectuaré, alegando legítima defensa. Si esos disparos le alcanzaran, aunque estuvieran justificados, tendría que dar demasiadas explicaciones, y sería molesto. No. Todo se hará de acuerdo con lo planeado. Lo más lógico. Yo dispararé y apenas le causaré un rasguño, lo suficiente para que se suponga que él ha estado encaramado en el tronco de la enredadera y, al sentirse herido, se ha caído. Es lo que quiero que crean.

—Sí. No está mal. Pero los testigos que nunca hablan son los muertos.

—De acuerdo, pero, por más que ese individuo hable, de nada le servirá. Y basta de charla. Estamos perdiendo tiempo.

Lo que siguió a continuación fue la penúltima parte de un bien calculado plan, en el que la suerte había ayudado mucho a quien lo trazó.

Paul fue herido superficialmente de un disparo de pistola, propiedad de Francis, que en total efectuó tres disparos. Dos de ellos destinados a los cristales para que se rompieran. Una prueba

más a su favor, que luego, al declarar, se pondría en evidencia.

«No sé los disparos que realicé, ni siquiera sé si llegué a alcanzarle... Sólo le vi caer».

Seguidamente, una vez Paul hubo sido arrojado, el empleado de la agencia de detectives descendió nuevamente la escalera para salir por la puerta posterior, y correr, fingiendo buscar ayuda. Entretanto, Francis estaba ya gritando y agitándose desde la ventana.

Lo demás...

Bueno. Lo demás fue descubrir el cuerpo de Paul en el suelo, con una pierna rota, una herida leve en el hombro, y su estado de total inconsciencia.

Posteriormente, se «descubrió» de un modo oficial que Chantal Terillac estaba muerta.

—Es evidente que utilizó un arma con silenciador —murmuró Francis.

Sí. Era evidente, porque el arma fue encontrada muy cerca del cuerpo de Paul.

Luego, en el gabinete de identificación de huellas se comprobó que las encontradas en el arma pertenecían realmente a Paul Bougie.

La conmoción sufrida por Paul, amén de su estado, le impidió prestar declaración de momento, y no pudo hacerlo hasta pasados cinco días.

La visita de Carol fue denegada. Sólo el inspector Dubois tuvo acceso a la habitación, perfectamente vigilada, que Paul ocupaba en el hospital.

—Es una trampa, lo sé. Cualquier cosa que diga, no probará nada en mi favor —dijo Paul—. Han tratado de culparme.

—¿El arma no era suya? —inquirió Dubois, tranquilo.

—Jamás he tenido un revólver.

—Es bastante fácil de adquirir. Usted ha estado viajando últimamente.

—Yo no he comprado ningún revólver. Ya le he dicho lo que ocurrió.

—Sí, sí. Usted habló de una llamada telefónica de su secretaria, pero hemos hablado con ella y lo niega. De lo único que ha hablado es de una carta que le escribió.

Y tras un silencio, Paul murmuró:

—Si no fue ella quien me llamó para decirme que fuera a casa de Francis esa noche... demuestra que estoy en lo cierto al pensar que todo ha sido una trampa, en la que he caído como un imbécil.

—¿Lo demuestra? ¿Cómo, señor Bougie? ¿Cómo lo demuestra?

—No importa. Para usted, la cosa está clara.

—Pues, bastante... Usted no había perdonado que Francis pretendiera arrebatárle a su esposa y decidió suprimirle. Se equivocó, y la que murió fue la mujer de Francis. ¿O era ésa su venganza?

—Eso es lo que pretenden que la policía crea. Está claro.

—¿Qué es lo que pretenden que la policía crea, señor Bougie?

—Es una trampa. Me metí en ella deliberadamente. Quería saber lo que pretendían, pero fallé. No volveré a fallar.

—Está usted bajo arresto, señor Bougie. Acusado de asesinato. No lo olvide.

—Sí, sí —murmuró Paul, pensativamente.

—¿Por qué no confiesa?

—Está usted loco. ¿De qué me hubiera servido vengarme?

—Sin embargo, usted es bastante violento.

—¿Yo?

—Poseo algunos informes... Ha tenido discusiones con los asesores de la editorial.

—Sí. Cosas del trabajo.

—Un día amenazó con incendiar la oficina de su jefe, al que acusó de inepto.

—Están tratando de sacarle punta a ciertos momentos que todo hombre digno tiene alguna vez en la vida, si no quiere dejarse atropellar.

—Pero lo hizo usted. Pronunció estas amenazas y otras.

—Sí. E incluso golpeé a un señoritingo que calentaba un sillón en la editorial. Pero ninguno era mi jefe. Yo no tengo jefe.

—Concretamente, señor Bougie... Usted dice que le han preparado una trampa. ¿Quién?

—Francis Latour.

—¿Por qué? ¿Qué gana él en eso?

Paul guardó silencio.

—Aun suponiendo que hubiera querido librarse de su esposa...

¿Por qué acusarle a usted?

—Pues...

—No lo sabe. No encuentra una explicación lógica.

—Por dinero. Ésa puede ser la razón, inspector.

—¿Dinero? —Dubois sonrió—. Francis Latour es muy rico. Lo siento, señor Bougie... Si prefiere no confesar, allá usted, pero voy a entregarle al juez. Las pruebas que poseo son suficientes. El asunto está perfectamente claro para la policía.

CAPÍTULO XIV

Paul Bougie llevaba ya cuarenta y tantos días en el hospital.

Su secretaria, por fin, había recibido permiso para visitarle una vez por semana, con la condición de que el policía de guardia en su puerta, estuviera presente. Eso a Paul no le importaba, porque nada tenía que ocultar a la justicia.

—Ninguna de las tres veces me has llamado. Fue otra persona. Eso fue otro experimento... Ahora empiezo a ver claro... Las interferencias, tu voz, que me sonaba extraña y lejana... Sí, sí... eso formaba parte de su plan.

Paul continuó:

—Francis no es de los que se casan. Tiene, las mujeres que desea, y las abandona cuando se le antoja. Pisotea todo lo que encuentra a su paso... Recuerdo sus teorías... No hemos hablado demasiadas veces, porque siempre me fastidiaron sus aires de superioridad, pero una vez, concretamente...

Paul recordó la ocasión en que, saliendo juntos de la editorial, algún tiempo antes, cuando Francis empezó a aparecer por allí, fueron juntos al bar de la esquina.

Francis había insistido en tomar un *whisky*.

—Tengo un magnífico bar en casa. Si quieres, ven y tomaremos lo que te apetezca —le había dicho Paul.

—Ya también tengo un bar. ¿Qué ocurre? ¿Tienes alergia a los bares públicos?

—Es que... Bueno. No tengo por costumbre, cuando me concentro en una idea...

—Tú te concentras en una idea, tienes un bar en tu casa, y crees que es suficiente. Esto es como estar casado con una mujer y luego buscarse otras...

—¡Oh! —había exclamado Paul, al comprobar que Francis iba a hablarle de su tema favorito: las mujeres.

—No me digas que tú le eres fiel a tu esposa.

—Piensa lo que quieras. Pero me casé con Julie porque me gustaba.

—¡Y está muy bien, amigo! Pero no es la única. No te crítico. Te gusta, y le dices que le eres fiel, pues allá tú, pero, en el fondo, son escrúpulos de conciencia. Yo no los tengo, por eso no me caso, ni me casaré nunca. Me gusta una mujer y la tomo.

—¡Si ella quiere!

—¡Todas quieren!

—Si tú lo dices...

—Estás muy atrasado o no conoces a las mujeres. Todas buscan la aventura, lo desconocido, la ocasión, lo prohibido... —Y rió con aire de suficiencia. Paul recordó, una vez más, cómo le fastidiaba aquella vanidad ególatra de su excompañero—. Bueno... Yo me canso de una, y voy a otra, pero jamás riño con la anterior. Mi agenda está llena... Saco lo mejor de la vida. ¿Para qué diablos querría el dinero, si no supiera exprimirle todo su jugo?

Tomaron el *whisky*. Luego, Francis siguió hablando...

Paul cesó en sus recuerdos para volverse hacia Carol, y murmuró:

—No. Francis no es de los que se casan; sin embargo, con mi mujer hizo una excepción. ¿Por qué?

Carol no se atrevió a contestar.

—No —siguió Paul contestándose a sí mismo a la pregunta—. A ella tampoco la quería. De haberla amado, no se hubiese casado, al cabo de dos semanas, con Chantal Terillac, y ahí está su error.

—¿Dinero?

—Exacto... El empezó a tontear con mi mujer. Julie se dejó convencer, tal vez por falta de la atención que yo, imbuido en mi trabajo, no le prestaba. Lentamente, se alejó de mí y se dejó convencer por la labia del millonario *play-boy*. Para Julie esto debió constituir un descubrimiento sensacional. Siempre en casa, y, de repente, un personaje famoso se fija en ella, la invita y... —Paul guardó silencio, lleno de tristeza.

—No piense en ello. No se atormente. Ya pasó —murmuró Carol, intentando calmarle.

—Tengo que pensar, Carol, porque es la clave... Francis no quería a mi mujer. Fue ella la que le creyó... Pero, en realidad, él

sólo deseaba su dinero. Julie le habló de la herencia, y Francis le habló de boda...

—Pero Francis es rico...

—Eso es lo que quiero que averigües, Carol. Quizá Francis no sea lo que aparenta. Al fin y al cabo, ¿qué se sabe de él? Únicamente lo que quiere que crean los demás. Pero... el tren de vida que lleva cuesta mucho dinero. El gasta en un día más de lo que gana un obrero en un año, mucho más. ¿Y cuáles son sus fuentes de ingresos?

—Haré lo que usted me pida —repuso ella.

—Tendrás que ayudar a Lewison, mi abogado. El está trabajando en este asunto, por indicación mía. ¡Tengo que derrotar a Francis! Demostraré que esto lo planeó él...

Luego, como si hablara consigo mismo, prosiguió:

—Tuvo que ser así... Cuando murió mi mujer, vio perdida una excelente oportunidad, pero entonces debió vislumbrar la ocasión de casarse con Chantal..., o quién sabe si Chantal surgió cuando él ya se había comprometido con Julie... Eso no importa, pero lo que resulta evidente es que... él deseaba casarse con una mujer rica...

En su finca de Goldfers, Francis Latour estaba dando la razón a Paul, al decir:

—... Casarme con una mujer rica, pero sin tener que compartir con ella su fortuna. Resulta muy engorroso tener que andar pidiendo dinero a la mujer de uno... Julie hubiera sido una solución momentánea, pero, inesperadamente, todo se arregló.

La que estaba escuchando sus palabras era Solange, que murmuró:

—Pero a ella no pensabas eliminarla. ¿Verdad?

—Bueno... No pensaba nada, en definitiva, Julie hubiese resultado muy manejable, pero murió y, sin saberlo, me hizo un favor...

Tras una pausa, Francis continuó, ufano de sí mismo:

—Apenas una semana antes, había surgido Chantal mariposeando a mi alrededor; su fortuna me interesaba bastante más, pero Chantal resultaba menos manejable. Así que dudé... Afortunadamente, tengo unos reflejos que para sí quisieran muchos políticos... Y esos reflejos surgieron a la muerte de Julie... Yo podía quedarme tan tranquilo, dejando que Paul Bougie viviera ignorante

de que su mujer iba a dejarle por mí, pero entonces se me ocurrió la idea.

—Sí —murmuró Solange.

Francis se complació en rememorar su canallesco plan:

—Lo primero era poner a Paul en antecedentes de la verdad... Necesitaba ponerle contra mí, crear un clima de animadversión hacia su persona; luego, ir engarzando los eslabones de la cadena que culminarían haciéndole venir a esta casa, después de que yo me hubiese casado con Chantal, obligándola a hacer testamento a mi favor.

—¿Y... te costó mucho convencerla? —preguntó irónicamente Solange.

—Lo hizo en cuanto llamé a mi notario, en su presencia, para poner todo lo mío a su disposición, en caso de mi muerte. Fue —y estas palabras las pronunció con machacón sarcasmo— una prueba de mi profundo amor hacia ella... «A partir de este momento, ya nada me importa en este mundo, que no seas tú. Serás mi heredera, y quiero consolidar mis palabras con la firma de un notario. Todo cuanto poseo será tuyo. Sé que no lo necesitas, pero no sería justo que se lo dejara a otro...»

Y añadió:

—Tuve suerte. Picó. Se emocionó y, sin más insinuaciones, ella hizo lo propio. Quiso demostrarme su gran amor, firmando un acta testamentaria. A partir de su muerte, yo sería su heredero universal... Treinta millones de francos nuevos...

—Pero... ¿por qué involucrar a Paul?

—¿Cómo librarme de ella?

—Un accidente.

—No, no. Demasiado peligroso. Necesitaba un culpable, y lo tenía en Paul Bougie. Cuidé todos los detalles para que todo el mundo pensara que él me odiaba a muerte...

—Pero en el juicio...

—Yo no puedo decir más de lo que vi aquella noche —sonrió Francis—. Una sombra con un revólver en la ventana, y yo mismo disparando en legítima defensa. Aparte de mi declaración, está la de los testigos... El hombre que vio caer a Paul, desde la enredadera, y los otros cuatro que le vieron tendido en el suelo; sus huellas dactilares en la pistola, etcétera, etcétera.

—¿Y ese hombre? El de la agencia de detectives. ¿No se volverá atrás?

—Si lo hiciera, sería tanto como confesarse cómplice de un asesinato que hubiese podido evitar. Pero, además, ha cobrado un buen puñado de billetes, y créeme, Solange, con dinero se puede comprar todo.

—Pero la agencia...

—La agencia nada tiene que ver. Éste es un empleado más... Los otros dirán la verdad; que siguieron a Paul por orden mía, nada más. Mi testigo, además de trabajar allí, obra por su cuenta. Por veinte mil francos, aceptó mi propuesta, y ahí están los resultados.

—Espero que todo salga de acuerdo con tus deseos, querido.

—No lo dudes, Solange... Y gracias a esto, podrás seguir siendo mi... mi amor predilecto. Voy a realizar ese crucero... para... para olvidarme de las penas y ahogar mi tristeza. Iremos juntos tú y yo. ¿Qué dices?

—Te adoro. Eres, realmente, un genio —sonrió Solange, y dejó que él la besuqueara, apretujándose, lleno de deseo, contra su hermoso cuerpo.

CAPÍTULO XV

Conseguir la libertad bajo fianza cuando se está acusado de un crimen, con todas las pruebas en contra, no resulta fácil, pero Paul Bougie lo consiguió, mediante el pago de una fianza de 600 000

francos, y la obligación de no salir del área metropolitana de París, por ningún concepto.

Su primera visita fue al inspector Dubois, a requerimiento de éste.

—No sabía que tuviese tanto dinero, señor Bougie.

—Una herencia de mi esposa, señor Dubois... Me enteré después de su muerte. Ella no me lo había dicho, pero le apuesto lo que quiera a que Francis sí lo sabía. ¿Le dice algo esto?

Más tarde, Paul estaba en casa de su abogado. Carol se hallaba allí también.

—No es tan fácil —le comunicó el abogado Lewison—. Las cuentas de los Bancos son sagradas.

—Pero usted dijo que tenía amigos...

—Sí, señor Bougie, pero Latour tiene cuentas en muchos Bancos. Yo sólo poseo unas cifras. Son cantidades pequeñas. Me he enterado de que Latour ha solicitado créditos, a cuenta de sus múltiples negocios.

—¿Qué negocios?

—Trata con diamantes... ¿No lo sabía? Luego, posee unas refinerías en Venezuela. Petróleo, pero no he podido averiguar gran cosa... sobre su estado financiero. Además, posee otros negocios en Sudamérica. ¿Sigue pensando usted en que pueda estar arruinado?

—¿Le han concedido los créditos?

—Esto son asuntos secretos. ¡Necesitaríamos una legión de hombres especializados en altas finanzas, verdaderos espías, para que nos dieran una cuenta detallada de lo que usted intenta saber!

—Trato de demostrar únicamente que Francis Latour no es tan rico. Que está arruinado. No es tan difícil.

—Esto se sabría... Latour es noticia siempre.

—Se sabría si no pudiera parar el golpe a tiempo, pero con dinero...

—Para que un hombre como él se arruine...

—Escuche, Lewison..., a veces, con un millón se puede parar una quiebra, se puede aplazar. Falta un golpe de suerte, que hará que luego todo vaya a flote... o meterse en otra cosa, invertir en algo que sea más rentable. ¡Yo qué sé!

—De acuerdo, señor Bougie, pero el juicio empezará el mes próximo. Dentro de veintiocho días exactamente. Puedo pedir un aplazamiento, claro, pero, para ellos, todo está claro.

—Y para usted...

—No sé... Quizá haya otros caminos; por ejemplo, ese testigo que dice haberle visto a usted encaramado en la ventana.

—¡Miente! Yo no me encaramé. Me golpearon. Si me arrojaron desde la ventana, fue premeditadamente.

—Bien... Habría que hablar con ese testigo. Yo no puedo hacerlo. Existen ciertas normas...

—Yo lo haré, si quieren —adujo Carol.

—No está. Ha desaparecido... Bueno. Le llamé por teléfono, y me dijeron que estaba de vacaciones. Hice alguna averiguación discreta, pero sólo conseguí saber su domicilio, y allí no está... Si ese hombre miente es porque le han pagado. Claro que, siendo así, sería muy difícil hacerle hablar.

—Deme, las señas de ese hombre, señor Lewison. Y su domicilio.

—Tenga cuidado, señor Bougie. Podría resultar peligroso.

—¿Peligroso?

—En todos sentidos... Se juega usted mucho, en este caso.

—Lo sé, Lewison, pero lo que a mí pueda ocurrirme no me interesa. ¿Sabe? Hay algo en lo que Francis Latour no mintió, y es cuando dijo que le odiaba. Es cierto. No hasta el punto de querer matarle, pero ahora... Ahora le aseguro que haré lo posible para desenmascararle. Por una vez, pienso que la guillotina va a ser justa... Deme esos datos que le he pedido, Lewison.

—Es aquí —murmuró Carol, al lado de Paul, que era quien conducía el automóvil.

Se hallaban en Neuilly, a las afueras de la capital, frente a uno de los nuevos bloques de viviendas.

—Piso decimoprimer —murmuró Paul.

—Sí. Yo bajaré a preguntar. Es mejor que a usted no le vean. Últimamente, su fotografía ha salido demasiado en los periódicos.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, Carol.

—No diga eso... Quédese aquí. Procuraré averiguar® lo que pueda.

Carol salió, decidida, del coche que Paul hizo avanzar hacia la esquina, para dejarlo fuera del alcance de las miradas de los: inquilinos, y hasta del portero de la finca.

El portero la atendió, después de hacerle un perfecto croquis con la mirada.

—No. El señor Arnaild no está...

—Le pregunto por Claude Arnaild. No puede ser que no esté. No me ha avisado...

—¿Es... usted de la familia? —preguntó el portero.

—¿De la familia? ¡No! El ya sabe quién soy...

—Bueno, si me da su nombre, podré decirle, cuando regrese, que ha venido usted a verle...

—Oiga, no sea tan chismoso. Claude ya sabe por qué quiero verle... Pero ahora que es rico parece que se esconde.

—¿Rico?

—Sí, eso he dicho... Bueno, pero a usted no le importa. ¡Siempre hablo demasiado! ¿Me dice dónde está?

—Bueno, se lo diría, pero es que no lo sé... —murmuró el portero, mientras ella se movía de forma mareante.

Los ojos del hombre iban de arriba abajo, contorneando a la muchacha.

—¡Se le va a caer la nariz! ¿Qué le pasa? ¡No ha visto nunca a una mujer! Bueno... Por culpa de este indecente, pronto nadie me mirará. Voy a tener un hijo, ¿sabe? ¡Y Claude Arnaild es el padre! Si no le encuentro, armaré un escándalo. Avisaré a la policía... Dígaselo, en cuanto le vea...

Y Carol dio la vuelta, encolerizada.

—¡Espere! Bueno... Ejem... Éste es un sitio tranquilo, y los escándalos no gustan a nadie. El señor Arnaild siempre me trató bien...

—El señor Arnaild... ¡Más vale que no le diga lo que pienso de él!

—Bueno, bueno, señorita... Mire, si me da su nombre, puedo llamarle. Estoy seguro de que él no querrá que usted avise a la policía.

—¡No tengo que darle mi nombre! Dígame dónde puedo encontrarle, y arreglaremos esta cuestión privada, él y yo...

El portero vaciló. Ella levantó su falda como si observara el estado de sus medias. Lanzó un gruñido y masculló:

—¡Otra carrera...! ¡Maldita sea! No puedo andar así. Tengo que ir a ver a ese empresario... Hummm. Voy a cambiarme. ¿Puedo entrar en la portería?

—¡Oh, claro, claro! —sonrió, solícito, el portero.

—Menos mal que llevo otro par. Es el último...

—Por aquí, por aquí...

Ella avanzó delante del portero y, apenas hubo entrado, él cerró la puerta y la observó con mayor incisión.

—¡Eh! Oiga, que yo no hago *strep-teasse*...

—Bueno, bueno. Yo no pretendía...

—Oiga, sea bueno, y deme las señas de Claude... Sabré compensarle.

El portero se humedeció los labios, miró en todas direcciones, se rascó la cabeza y fijó nuevamente sus ojos en los bonitos muslos que Carol dejaba al descubierto, con su falda supermini.

—Bueno... Tengo un número de teléfono...

—Démelo.

—Es que...

—El no sabrá quién me lo ha dado. Se lo aseguro. —Y Carol mostró toda su fingida ingenua perversidad. Una ingenuidad, llena de deseo, que el portero no pudo resistir.

—El número pertenece a Lyon. Es éste... Anóteselo...

CAPÍTULO XVI

El portero del edificio todavía estaba esperando el cambio de *pantys* de Carol.

Eso sí, ella supo compensarle con una sonrisa y una mirada llena de promesas.

—No hay peligro que llame a Arnaild. Seguramente, tenía rigurosamente prohibido dar ese número —dijo Carol a Paul, camino ya de la salida de la capital hacia la autopista de Lyon.

—Lo supongo...

—Bueno, déjeme conducir a mí. Es mejor que a usted no le vean. Ya sabe que no puede salir...

—No tengo derecho a meterte en esto, Carol.

—Resulta emocionante —sonrió ella—. Es una aventura como esa que usted inventa para que viva el detective «Pascal»...

—No creí que las aventuras te gustaran tanto.

—Me entusiasma con ellas... ¿Sabe? Cuando hablaba con el portero, hice lo que hubiese hecho la secretaria de «Pascal».

—¿Y cómo sabes lo que hubiese hecho?

—Por ejemplo, en las aventuras de *Las drogadictas*. Ella fingió que era una de esas mujeres que iban a...

El guionista la interrumpió para decir:

—Sí. Ya he visto que te habías vestido de un modo muy llamativo, pero esto no es una aventura de historieta. Es un juego real, un juego muy peligroso.

—Escóndase en el portaequipajes, por favor. Verá como todo sale bien.

—No. Este coche está fichado. Si de veras quieres ayudarme, alquilaremos otro. Vamos. Tenemos que recoger algunas cosas.

Paul no quiso comprometerla. Tomó el tren y dejó que ella fuera sola en el coche alquilado hasta que hubiese salido del área de París.

El se apeó del ferrocarril de cercanías, y ella le aguardaba ya en la estación. Allí subió el guionista al auto, pasando al volante del mismo, y ambos prosiguieron la ruta hacia Lyon.

Entre tanto, en la finca de Goldfers, Maurice tenía entre sus manos uno de los talonarios de cheques de su jefe.

Solange iba a decir algo, pero la llegada de Francis se lo impidió.

Francis llevaba una cartera de mano, que dejó sobre una mesa del amplio salón, y miró alternativamente a las dos únicas personas que se encontraban allí en aquellos momentos.

Se dirigió a Maurice para preguntar con voz extraña:

—¿Ibas a firmar otro talón, Maurice?

—Pues no..., repasaba el saldo, simplemente —repuso su secretario, con voz suave.

—Sacaste veinte mil francos. Que yo sepa, no tenías ningún pago pendiente.

—Bueno, quería decírtelo, pero...

—Pero ¿qué...? —cortó Francis, tajante.

—Sabía que ibas a molestarte. El caso es que Arnaild me llamó para pedirme más dinero.

—¿No cobró ya lo convenido?

—Sí, Francis, pero...

—Chantaje —declaró Francis, mirando fijamente a los ojos de su secretario.

—No.

—Es un chantaje.

—No. Simplemente, dijo que con los veinte mil primeros no tenía suficiente para retirarse, pero, con otros tantos, más lo que tiene ahorrado, podría montar un pequeño negocio. Este asunto le preocupa, y es natural. Tendrá que declarar, y pensé que... era justo que se le complaciera.

—Con mi dinero.

—Sí, Francis. Aquí, todo se paga con tu dinero.

—No me gusta, Maurice. No me gusta esto. No me gusta que no me lo hayas consultado. Te di poderes para firmar talones, pero...

—Parece que desconfías de mi proceder, Francis. ¿Qué te ocurre? Creo que siempre te he dado pruebas de mi honradez en todo. ¿No?

Francis acarició la cartera, y volvió la mirada hacia Solange.

—Tampoco yo he tenido secretos para ti. Ni para ti, Solange...

—Nadie te lo niega, y siempre te hemos sido fieles —adujo la muchacha.

—Estoy en una situación delicada. He retirado cinco millones, y tengo que llevarlos a América. Así, en metálico, para evitar publicidad. De momento, pararé el golpe, y podremos seguir viviendo...

—Bueno. Ya lo habías planeado así.

—Pero tendré que mandar nuevas remesas, y no puedo sacar todo el dinero de la herencia, de golpe. Es demasiado reciente...

—Sí, claro...

—De momento, haré un viaje. Un crucero de consolación hasta que se celebre el juicio. A nadie le extrañará, pero quiero que hagas algo, Maurice.

—Lo que tú digas.

—Vas a hacer un viaje a España, y sacarme dos pasajes de avión para Sudamérica. Un vuelo que me acerque lo más posible a dónde tú ya sabes. En España no soy muy conocido. Viajaré casi de incógnito.

—¿Con el dinero?

—Es un riesgo que tengo que correr. De todos modos, lo llevaré bien disimulado.

—Entonces, ¿cuál es tu plan exactamente? —adujo Solange.

—Iré a Marsella para embarcar en el yate. Tú; Solange, te reunirás conmigo en España, en Barcelona concretamente; puedes ir con Maurice.

—Bien —murmuró el secretario—. ¿Es todo?

—No, Maurice. Tú tienes que hacer algo más.

—Lo que tú digas.

—¿Sigue Arnaild en su escondite?

—Sí. Está en Lyon, en casa de una amiga suya. Ya sabes por qué lo hizo. Quería evitar el tener que contestar a posibles preguntas de la Prensa, y alejarse de todo hasta el juicio. Tiene un poco de miedo.

—¿Y para compensarlo, te ha pedido esos veinte mil francos?

—Ya te he explicado...

Francis Latour cortóle con un ademán.

—Sí, de acuerdo, pero pienso que su declaración en el juicio no

es tan necesaria.

—Claro que lo es.

—Ya declaró ante la policía. Dijo que había visto a Paul caer desde la ventana. Lo dijo ante testigos y, posteriormente, lo firmó. Por otra parte, las pruebas contra Paul Bougie son concluyentes...

—¿Qué quieres decir?

—Pues simplemente... que te encargues de eliminarle.

Maurice carraspeó ligeramente, sin contestar, de momento.

—Que parezca un accidente, por supuesto.

—No creo que sea necesario.

—Lo es, Maurice. Ese Arnaild puede llegar a ser peligroso. No quiero correr riesgos. Y menos ahora que Paul Bougie está en libertad, bajo fianza. No creí que le dejaran.

—Por eso no te preocupes. Dije que le vigilaran. Nadie puede extrañarse de ello. Se supone que sigue deseando matarte, ¿no?

—Aunque le vigilen, no impedirán que pueda dar con el paradero de Arnaild.

—¿Y qué? ¿Supones que Arnaild hablará? Le condenarían, por cómplice, si abriera la boca. No, Francis, exageras las precauciones.

—Elimínale, Maurice —atajó Francis fríamente—. Elimina a Arnaild.

Por la autopista, Paul y Carol seguían su viaje hacia Lyon.

CAPÍTULO XVII

—Estoy lista, Maurice —anunció Solange, por teléfono.

—Toma un taxi, carga las maletas y espérame en la estación de Lyon. Tomaremos el Mistral de las 13,20. Ya encargué los billetes a un amigo mío. Quizá tarde un poco. Tengo que hacer una llamada telefónica.

Maurice colgó y marcó el número de la agencia de detectives.

Después de identificarse, habló con el director:

—¿Tienen algún informe con respecto a Paul Bougie?

—Le están siguiendo. Pero ya sabe que no es fácil seguir a ese hombre.

—Sí, sí, pero ¿saben lo que ha hecho?

—Le hubiese mandado el informe mañana. De momento, mis últimas noticias son de que estuvo en el domicilio de nuestro agente Arnaild.

—Sí, lo suponía. ¿Qué más?

—Va siempre en compañía de su secretaria, la señorita Carol.

—Sí...

—Bien, parece que se han separado. Ella alquiló un coche y salió fuera, hacia el Sur. El tomó un tren de cercanías.

—¿Hacia el Sur?

La voz del director se interrumpió un momento para pedir:

—Espere, tengo un informe de última hora. —Leyó unos instantes y lo comunicó a Maurice—. Paul Bougie y su secretaria se han reunido a cuarenta kilómetros de París, y han tomado la autopista de Lyon.

—¡Lyon! —exclamó Maurice para sí, al colgar el teléfono.

Media hora más tarde, Maurice se reuma con Solange en la estación de Lyon, de París, para tomar el Mistral, que tenía su llegada a la capital del Rhône poco después de las cinco de la tarde.

—¿Algo va mal? —preguntó Solange.

—No lo sé, pero, según como vayan las cosas, quizá tengamos suerte.

Se acomodaron en un compartimento de primera clase. Estaban solos.

Hacia las cuatro de la tarde, el auto conducido por Paul Bougie entraba en el casco urbano de Lyon.

—Iremos directamente a un hotel. Tomaré dos habitaciones. No sé el tiempo que vamos a pasar aquí. Todo depende de cuándo podamos localizar a Arnaild —dijo Paul.

A la salida del túnel, enfilaron por el andén izquierdo del río hasta llegar a las proximidades del puente Wilson. Luego, Paul dobló hacia la derecha, y murmuró:

—Es mejor ir a un hotel modesto. Por ahí, hacia la Plaza de la República, encontraremos lo que buscamos.

Diez minutos más tarde, estaban instalados en habitaciones contiguas, que se comunicaban.

Provistos cada uno de sendos listines telefónicos, buscaron el número que Carol había conseguido en París.

—Esto nos llevará horas —murmuró él.

—En la Telefónica nos facilitarán el nombre del abonado, pero ¡mira!, esta serie de números parece que corresponden a la zona de La Fourviere —anunció ella.

—Déjame ver...

El tren en que viajaban Maurice y Solange se acercaba a Lyon.

—¡Ahí está! El número pertenece a la Rué des Farges. Voy a consultar el plano —dijo Paul.

Carol, a su lado, siguió la búsqueda. La calle, a que pertenecía el número estaba en la falda de la montaña. No era demasiado lejos.

—Es un bar. Bar Marquand —murmuró Paul—. Número 72.

—Es mejor que vaya yo —decidió Carol.

—Te acompañaré.

Eran las cinco y cinco minutos de la tarde. El Mistral estaba entrando en la estación de Perrache de Lyon.

—Dejaremos el equipaje en la consigna automática.

—¿Tengo que ir contigo? —preguntó Solange.

—Por supuesto que no. Quédate en el restaurante de la estación. Ya recibirás noticias mías. Lleva contigo el bolso de viaje, por si hubiera que esperar, pero no creo. Quiero resolver este asunto en el

menor tiempo posible. De todos modos, habrá que esperar a que oscurezca.

—¿Sabes... cómo vas a hacerlo?

Maurice se limitó a sonreír.

El tren se había detenido ya. Maurice saltó el primero, y llamó a un mozo para que llevara el equipaje.

—¡A la consigna! Tenemos que tomar un expreso nocturno. Sólo estamos de paso.

El mozo asintió.

Por su parte, Paul y Carol comenzaban la ascensión por la carretera que bordeaba la montaña de la Fourviere, para entrar en la rué des Farges.

El bar Marquand estaba allí mismo. A menos de cuarenta metros. Paul detuvo el automóvil, y Carol se dispuso a salir.

—Ten cuidado —le previno.

—Arnaild, a mí, no me conoce —sonrió ella.

El guionista, una vez más, tuvo que agradecer mentalmente la inapreciable ayuda que aquella muchacha le estaba proporcionando.

Carol marchó, decidida, hacia el bar. Había sólo un par de clientes frente al mostrador. Era un local sencillo, con aire acondicionado anticuado. Detrás de la barra servía una mujer, joven aún.

—Perdone, estoy buscando a una persona. Me dijeron que se alojaba aquí —empezó Carol.

—Debe estar confundida. Esto no es un hotel.

—Ya, ya, pero tengo esas señas. La persona que busco se llama Claude Arnaild.

La mujer del bar miró fijamente a la muchacha, y murmuró:

—Tengo un cliente que se llama así, pero, desde luego, no vive aquí. Si quiere dejar el recado... ¿Quién le digo que le busca?

—Dígale que... que es un asunto privado. Mi nombre no le diría gran cosa. ¿Cuándo sabrá usted algo?

—¡Yo qué sé! Llame esta noche. Yo no voy detrás de mis clientes.

Era evidente que la mujer del bar no se había esforzado lo más mínimo por ser amable, y la presencia de Carol y sus preguntas, relativas a Arnaild, habían contribuido a ponerla de peor talante.

Carol salió con la impresión de que la estaban espiando y, en vez de dirigirse hacia el coche, siguió por la calle descendente hasta la otra esquina. Entonces observó al tipo de la bicicleta, que parecía distraído en la lectura de un periódico deportivo. Pasó de largo y siguió a su paso hasta un callejón. Allí le alcanzó Paul, que detuvo el coche, y abrió la portezuela.

—Siga usted. Temo que me vigilen.

—No. No hay nadie.

Pero se equivocaba, porque apenas Paul arrancó, llevando a Carol consigo, el de la bicicleta arrancó también, y comenzó a pedalear con fuerza, en la misma dirección que el automóvil.

—¿Qué? —preguntó Paul a la muchacha.

—Saben más de lo que me han dicho, pero yo creo que sería mejor dar la vuelta, salir por la parte de arriba, y esperar.

—¿Crees que está dentro?

—No lo sé. En todo caso, irá. Lo presiento.

—Sí. Es una buena idea. Haré lo que acabas de sugerir. —Pero cuando Paul iba a dar la vuelta, se fijó en el ciclista que le seguía, y pensó unos instantes... ¿No había visto ya un ciclista antes?

—Una moto —dijo Carol—. Antes, era una moto. Iba a decírselo, pero luego desapareció. Al ciclista ya le vi antes.

—¡Maldita sea! Son ellos. Van detrás de mí, otra vez... Voy a despiatarle.

Aceleró, y los frenos chirriaron, al tomar una curva a toda velocidad. Luego, ascendió por la carretera de La Fourviere, y el ciclista no pudo seguir el ritmo, pero comunicó con alguien, a través de una radio portátil. Paul lo advirtió, y prosiguió su marcha, desviándose para meterse de nuevo rumbo a la ciudad.

Entretanto, Maurice llegó en un taxi a las cercanías del funicular. Pagó la carrera y continuó a pie para no dejar la pista. Necesitaba unos diez minutos para llegar al bar Marquand, sólo que él conocía la entrada de la calle transversal desde donde podía subir a las habitaciones privadas del bar.

Paul había detenido el coche, y observó en todas direcciones.

—Creo que les hemos dado esquinazo. Ya podemos volver a ese bar. —Dio la vuelta para regresar al punto de partida.

Era el momento en que Maurice subía las escaleras del piso del bar Marquand, en la parte trasera del edificio.

CAPÍTULO XVIII

El día empezaba a declinar. Eran las siete de la tarde, y el crepúsculo no tardaría en invadir la ciudad.

Un automóvil se detuvo delante del bar. Arnaild se apeó de él y entró. La mujer del mostrador le dijo algunas palabras, y Arnaild salió fuera para mirar la desierta calle.

—¿No ha dicho quién era? —preguntó el recién llegado.

—No. Sólo que quería verte. Hace un par de horas. No le dije nada. Quizá llame.

—Bien, voy arriba —murmuró el recién llegado. Y pasó al interior para subir al piso.

Desde la calle, dentro ambos del automóvil, Paul y su secretaria vigilaban atentamente.

—Bien. Ahí está —murmuró ella—. ¿Quiere que vaya?

—No.

—Usted no puede ir, Paul.

El guionista bajó del coche en el momento en que una luz del primer piso del bar iluminó la ventana.

—¡Paul! —exclamó Carol.

Una sombra se silueteó un momento tras los cortinajes. Era Arnaild, pero parecía no estar solo.

Y no lo estaba. Apenas dio vuelta al conmutador de la habitación y avanzó hacia la ventana, cuando la voz de Maurice hizo volverse al recién llegado.

—¿Cómo van las cosas?

—¡Maurice! ¿Qué haces aquí?

—He procurado que no me vieran. Verás, tengo que hablar contigo.

—¿Es que hay complicaciones?

—Preferiría hablar en otro sitio —murmuró Maurice, con su habitual parsimonia.

—Bueno, éste es un lugar seguro.

—¿Tú crees? —Maurice sonrió, apagó la luz y se aproximó a la ventana—. Mira ahí abajo.

Le indicó el automóvil en cuyo interior se hallaba el guionista y su secretaria, y añadió:

—Te he estado aguardando durante mucho tiempo. Ellos, también.

—¿Ellos?

—Te están siguiendo los pasos, amigo. Paul Bougie.

—¡Ah! Comprendo... Va con su secretaria, ¿no? Me han dicho que una chica había preguntado por mí.

Maurice volvió a dar la luz, y se apartó de la ventana. Era el momento en que Paul se aproximaba a la puerta del bar.

—Creo que pretende hacerte una visita. Te echaré una mano, en el momento oportuno —sonrió Maurice, buscando dónde ocultarse.

Paul Bougie entró en el bar. Había una media docena de clientes. Paul miró hacia la parte interior.

—¿Qué busca? —le preguntó la encargada.

—Al hombre que ha entrado hace un par de minutos. Sé que está arriba. ¿Por dónde se sube?

—¡Eh, oiga! Dentro están las habitaciones privadas.

—Yo quiero hablar con Claude Arnaild. ¿Está claro? —espetó el guionista.

—¡No puede entrar! —repuso la mujer.

Paul avanzó, sin hacerle el menor caso. Tras una puerta de cristales opacos, se encontraba la trastienda y el arranque de una escalera.

Un tipo con aspecto de camionero avanzó hacia Paul, exclamando:

—¡Eh! ¿Está usted sordo? Colette le ha dicho que no puede usted entrar.

—¡Métase en sus asuntos! —repuso Paul, volviéndose, desafiante.

Ya no era el hombre pacífico de otras veces, no era el débil, sino el que estaba dispuesto a todo para conseguir que la verdad resplandeciera.

El tipo con aspecto de camionero se abalanzó sobre él y le sujetó con fuerza.

—Oiga, amigo... Se está pasando.

El camionero era, sin lugar a dudas, más fuerte que Paul y más acostumbrado a las luchas corporales. Empujó violentamente a Paul hacia el borde de la escalera, y el guionista, tropezando, cayó de espaldas.

—Voy a sacarle fuera para que se refresque.

Tiró de él, pero Paul vio la posibilidad de salir airoso, y disparó la pierna derecha. La punta de su zapato alcanzó la espinilla de su agresor, que le soltó, al tiempo que gritaba una maldición.

—Hijo de... —empezó.

Quiso golpearle, pero Paul se apartó, esquivando, pero al segundo golpe tuvo menos suerte, y se vio empujado hacia otro rincón, cayendo sobre un montón de cajas.

—¡Vamos! ¡Sal de ahí! Voy a darte una lección —gritó el matón.

Se abalanzó nuevamente sobre él, pero Paul surgió entre las maderas con un palo macizo, y atacó a su agresor esgrimiendo la madera en forma de lanza. El camionero recibió la estocada en la boca del estómago, y se inclinó hacia delante. Paul aprovechó para golpearle en la nuca, y librarse de este modo de su antagonista, que cayó de bruces, como un fardo.

Otros dos hombres habían asomado por la puerta para presenciar los momentos finales de la breve y rápida lucha. Al ver a Paul esgrimiendo el madero, que tenía mucho de garrote, retrocedieron.

—Voy a ver a Claude Arnaild, y nadie va a impedírmelo —resopló, y, seguidamente, subió la escalera hasta el rellano.

Empujó, una a una, dos de las cinco puertas cerradas que se hallaban en el corredor.

La tercera era la de Arnaild, que le esperaba en el centro de la habitación.

Paul cerró la puerta a su espalda, y exclamó:

—Bien, señor detective privado, testigo falso, encubridor e hijo de perra... He venido a arrancarle la verdad, y lo conseguiré.

Paul seguía aún con el palo en la mano. Claude Arnaild permanecía inmóvil en la habitación. Impasible, estudiando a su adversario.

—No sé de qué me habla usted, señor Bougie. Y no debiera haber venido. Está en libertad provisional y, por tanto, hizo mal en

alejarse de París.

—¡Usted mintió, Arnaild! Usted u otro fueron los que me golpearon para preparar la escena.

—No sé de qué me habla. Le aconsejo que se vaya.

Alguien subía la escalera. Unos nudillos golpearon la puerta repetidamente.

—Diga que se vayan, Arnaild. Usted y yo tenemos que hablar.

—¡Claude, Claude...! ¿Necesitas ayuda? —La voz era de la mujer del bar.

—¡No! ¡Larguémonos! —gritó el guionista.

El propio Claude Arnaild colaboró:

—Déjanos, Colette.

—Está bien. Como quieras —repuso la mujer retirándose al tiempo que no dejaba de prestar atención.

Paul avanzó con el palo.

—No me importaría matarle, Arnaild. Usted es uno de esos asquerosos vividores, que serían capaces de asesinar a su madre por darse buena vida.

—No siga por ese camino. Podría llamar a la policía y...

—¡Lámela! Tiene usted que temerles más que yo... —cortó Paul.

—¡Basta ya! —espetó a su vez Arnaild, intentando sacar algo de su bolsillo.

Paul avanzaba, esgrimiendo el palo. Arnaild consiguió sacar un arma, pero Paul le golpeó a tiempo en el brazo, arrebátandole la pistola, y arrancando un grito de dolor de su rival.

Arnaild quiso recuperar el arma, pero el guionista la empujó con el pie, al tiempo que blandía el palo a diestro y siniestro, alcanzando por dos veces a su enemigo.

—Conseguiré arrancarle la verdad, mal nacido... O voy a molerle. Será una satisfacción para mí.

Arnaild, jadeante, se aproximaba a la puerta que cerraba un cuarto trastero.

Desde el rellano, Colette estaba escuchando golpes, el ruido de muebles caídos, cosas que se rompían, exclamaciones veladas, y decidió bajar la escalera rápidamente, sin saber si llamar a la policía o esperar acontecimientos.

Paul dominaba por entero la situación, obligando a su rival a

regular continuamente.

—¡Hablará, Arnaild! ¡Hablará! Sé que lo hará, porque yo ya nada tengo que perder, y eso es algo que usted ignora... Cuando se está dispuesto a morir por una cosa, se llega hasta el final y... ¡se consigue!

Arnaild cayó contra la puerta del trastero. Se incorporó. Y a continuación retrocedió, cada vez más asustado. Comprendía que se hallaba ante alguien que no vacilaría en cumplir sus amenazas. Alguien que se jugaba el todo por el todo, sin medir las consecuencias.

Ahora, Paul quedó de espaldas a la puerta, esgrimiendo el palo.

La puerta se abrió, de repente. Maurice apareció en el umbral, y Arnaild lanzó un suspiro de alivio.

Maurice llevaba un arma en la mano.

Cuando Paul, intuyendo el peligro, iba a volverse, recibió un culatazo en la cabeza que le hizo perder el conocimiento.

CAPÍTULO XIX

—Menos mal que te has decidido a intervenir. Este tipo está loco —murmuró Claude Arnaild, suspirando con alivio.

Maurice, en silencio, recogió el palo que Paul Bougie había estado esgrimiendo hasta aquel momento.

Arnaild no llegó jamás a comprender las intenciones de su amigo, ni siquiera se preguntó por qué se había puesto unos guantes; únicamente vio avanzar a Maurice y levantar el palo.

—¡Eh! —sonrió.

Maurice le atizó con fuerza en pleno rostro, y Arnaild cayó de espaldas al suelo, sin lanzar un solo grito.

El palo siguió golpeando una y otra vez al detective privado hasta que su rostro se convirtió en un total hematoma sanguinolento.

Al cabo de los golpes, Arnaild había dejado de respirar.

Paul, jadeante, abrió los ojos y trató de moverse sin conseguirlo, pero sí tuvo tiempo de reconocer al hombre que salía rápidamente de la habitación donde se había desarrollado todo el drama.

—¡Maurice! —susurró para sí.

Maurice, tras comprobar que nadie le había visto, desapareció cuando en la escalera empezó a oírse nuevamente un confuso rumor de voces.

Paul intentó serenarse. Le costaba trabajo volver a la realidad, aunque tenía lejana conciencia de lo ocurrido.

Las voces se aproximaban.

Logró incorporarse y pasó revista a la estancia. Las huellas de la lucha eran evidentes, por todas partes.

Las voces estaban ya en el rellano. Destacaba la de Colette.

Paul, inclinado sobre Arnaild, comprobó que estaba muerto. Lo intuyó más que nada, y rápidamente sus reflejos volvieron a actuar. Recordaba la imagen fugaz de Maurice. El golpe recibido que, pese

a su contundencia, no le privó del sentido más allá de un minuto.

Reaccionó cuando alguien estaba intentando derribar la puerta.

Pensó que la historia se repetía. Se hallaba junto a un cadáver y, sin duda, iban a cargárselo en cuenta. Corrió hacia la ventana. La abrió y, calculando la distancia que le separaba de la calle, dio el salto, sin pensarlo.

Colette y algunos hombres habían entrado ya en la habitación. Alguien, gritó:

—¡Ha escapado por la ventana!

Carol ayudó a. Paul a subir al coche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, arrancando rápidamente.

—¡Seguidle! —gritó una voz, desde la ventana.

—Hay que llamar a la policía —dijo otro—. Ese hombre está muerto. —Y se refería, naturalmente, a Claude Arnaild.

El camionero que antes había luchado con Paul, se lanzó escalera abajo, cuando Carol doblaba ya la primera esquina.

Paul Bougie murmuró:

—¡Maurice! Estaba allí. Creo que ha matado a Arnaild...

—¿Maurice? No le he visto...

—Estaba arriba... Debe haber alguna otra salida. Da la vuelta por la calle de atrás.

Ella asintió.

Maurice, en aquellos instantes, enfilaba por una escalera por el parque para alcanzar la parte alta, y correr en dirección al funicular.

Carol dio la vuelta y, al llegar al portal trasero del edificio donde estaba el bar, Paul observó algunas personas.

—Debe ser ahí —dijo—. Sigue... Maurice no puede estar lejos.

—¡Ahí van! —gritó Colette, desde la puerta trasera. La chica que lleva el volante estuvo antes aquí.

—Creo que nos han descubierto —dijo Paul, a su vez.

Carol dio la vuelta para meterse en la ruta que ascendía hacia la montaña.

Maurice alcanzaba, en aquellos momentos, una parte de la serpenteante carretera para seguir por el interior del parque de las ruinas romanas.

—¡Déjame! Yo conduciré —pidió Paul a Carol.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

Maurice seguía su fuga desesperada. Llegó, al fin, cerca de la explanada del santuario, y tuvo la suerte de encontrar un taxi libre, al que detuvo, mientras se arreglaba la ropa y serenaba su respiración.

Paul dobló la última vuelta de la montaña y a unos cincuenta metros, pudo ver cómo Maurice se metía en el taxi.

—¡Ahí está! —gritó—. Tengo que alcanzarle.

—Paul... —murmuró su secretaria—. Cuando den tu descripción, toda la policía te buscará.

—Pero él tendrá que justificar su presencia en ese bar.

—Quizá no le hayan visto... o intenten protegerle.

—Sí, Carol, estoy pensando en todo esto.

—Es posible que nos hayamos equivocado. Nadie te ayudará porque ello supondría acusarse a sí mismos.

—Sí, Carol, tienes razón... Pero les perseguiré hasta el final, y pagarán... No importa lo que pueda costarme a mí... Mi vida ya no tiene sentido.

Carol le tomó del brazo.

—Paul... No digas eso... —Casi sin darse cuenta, había empezado a tutearle... Tal vez le trataba como ella había deseado siempre—. Tienes toda una vida... El pasado, por desagradable que sea, es ya sólo eso..., pasado...

El la miró un instante. Se fijó en sus ojos. Carol tenía una forma muy dulce, muy femenina, de mirarle...

El taxi que conducía a Maurice avanzaba por el andén derecho que seguía el curso del Rhóne. Iba camino a la estación de Perrache.

Faltaban cinco minutos para la salida del tren cuando Maurice pagó el taxi y se precipitó a la estación. Solange le aguardaba, algo intranquila.

—¡Vamos a sacar el equipaje de la consigna!

—¿Adónde vamos?

—Al tren.

—¿Tienes billete?

—No. Pero esto se arregla. No importa. ¡Vamos!

—¿Qué ha pasado?

—Ya te lo contaré.

Paul y Carol observaron, un poco más tarde, cómo la otra pareja

tomaba un vagón de primera clase en el expreso nocturno, rumbo a la frontera española.

—Tomaremos ese tren —anunció Paul.

La noticia del asesinato, ocurrido en el bar Marquand de la Fourviere, saltó a las emisoras de radio, en los boletines de sucesos de las últimas noticias del día.

El tren, rumbo a Portbou, seguía su camino. En estos momentos se aproximaba a la estación de Avignon. Eran cerca, de las 11,30 de la noche.

Paul regresó, después de haber dado un corto recorrido por el tren, y murmuró:

—Ocupan un compartimento tres vagones más adelante.

—¿Crees que se dirigen a España? —preguntó Carol.

—No lo sé. Pero tendremos que *estar* atentos en cada estación.

Al llegar a Avignon, Maurice y Solange se apearon del tren para cruzar el andén y dirigirse al interior de la estación.

—¡Allí! —indicó Carol.

Paul y su secretaria saltaron del vagón, quedándose en el andén opuesto.

Una hora más tarde, Maurice y Solange tomaban el enlace para la Costa Azul. Paul y Carol les siguieron, ocupando un compartimento de un coche cama, un vagón más arriba.

—Descansa, Carol. Yo vigilaré —dijo Paul.

El silencio era total en el convoy que cruzaba, raudo, por la llanura. El vigilante del coche cama donde estaba Maurice dormitaba, con un libro entre las manos.

Paul cruzó el corredor, y se colocó en el lado opuesto, vigilando el compartimento que ocupaba la pareja perseguida.

A las seis de la mañana, el tren entraba en la estación de Marsella.

Paul y Carol estaban ya en la plataforma.

—¿Qué pueden venir a buscar a Marsella?

—No lo sé. Pero lo averiguaré. Esto empieza a resultar muy interesante. Viaje a Marsella, con un crimen por el camino. Es algo premeditado.

—¡Paul! Lo leí en el periódico... Francis va a emprender un crucero, antes del juicio... Tiene el yate anclado en Marsella.

—Entonces, quizá se reúnan todos aquí.

En los quioscos de la estación se encontraban ya los primeros periódicos de la mañana, Paul compró uno.

En las páginas de sucesos se hablaba del crimen de Lyon, en una información escueta.

Luego, en el taxi, Carol murmuró:

—Pronto va a salir tu fotografía en los periódicos. Averiguarán que estuvimos allí.

—Pase lo que pase, nunca te agradeceré bastante lo que has hecho, Carol; por eso preferiría que regresaras. Ve a la policía, y habla con el inspector Dubois... Explícale la verdad. Dubois es comprensivo...

—¿Por qué quieres que me vaya?

—Para que no te veas mezclada. Yo lo tengo todo perdido. Tú lo dijiste una vez; nadie declarará en mi favor. Pero aun así, quiero seguir hasta el final..., ocurra lo que ocurra.

—No, Paul. No te dejaré. Estás solo. Demasiado solo.

Y ésa era la desesperante verdad para el guionista... Un hombre que creyó haberlo perdido todo cuando se enteró de la traición de su esposa, y que ahora se encontraba en medio de la vorágine de una lucha desesperada para autodefenderse...

CAPÍTULO XX

El inspector Dubois escuchaba con el teléfono pegado al oído. La voz le informaba:

—Sí. La mujer del bar le ha reconocido por las fotografías. No hay duda de que se trata de Paul Bougie.

—¿Dónde está ahora? —inquirió Dubois.

—No lo sabemos.

—Bien, espero averiguarlo pronto.

Dubois colgó, y se encaró al hombre que tenía ante sí. Era el director de la agencia de detectives, contratados por Maurice.

—Me ha hecho levantar a las siete de la mañana, inspector.

—Uno de sus hombres ha muerto. ¿No le preocupa esto?

—Yo lo siento mucho, inspector, pero esa clase de trabajo tiene sus riesgos.

—Bueno, al grano. Ustedes habían recibido nuevas órdenes de seguir los pasos a Paul Bougie.

—En cuanto le dejaron en libertad.

—Quiero un informe.

—Le perdimos la pista en Lyon, ya se lo he dicho. No somos infalibles...

Un subalterno entró en la oficina, con un informe.

—En casa de Latour sólo queda la servidumbre. Francis Latour partió ayer tarde en avión para Marsella. Va a realizar un crucero.

—¿Qué hay de su secretario?

—No está. También hemos intentado hablar con Solange, pero tampoco se encuentra en París.

—¿Marsella, eh? —murmuró el policía, hablando consigo mismo. Y de inmediato, despidió al director de la agencia de detectives para tomar el teléfono, no sin antes decir a su visitante:

—Espere fuera. Luego, tenemos que hablar sobre Claude Arnaild.

Y Dubois comenzó a dar órdenes, a través del teléfono.

Entretanto, en Marsella...

El yate, tipo lancha, impulsado por potentes motores «Diesel», poseía un camarote doble y una bien provista despensa. Francis echó un repaso para cerciorarse de que nada le faltaba.

Anclada al lado, se encontraba la embarcación de superiores dimensiones, con tres hombres cuidando de ella.

—Entonces, ¿va a salir con el pequeño, señor Latour? —inquirió uno de los marinos.

—Sí. Este viaje quiero hacerlo solo. Me limitaré a costear —repuso Francis.

—¿No necesita ayuda?

—Por supuesto que no.

Aparte de que Francis poseía el título de patrón, en aquellas circunstancias, no deseaba compañía. Para todo el mundo, el suyo debía ser un viaje de tristeza y de olvido, cuando lo que iba a ser en realidad era una fuga, con una meta concreta, Barcelona, para allí volar junto con el maletín y los cinco millones de francos hacía determinada ciudad sudamericana, y arreglar sus chanchullos.

Eran las diez de la mañana cuando se disponía a partir. Entonces vio aproximarse a Solange.

—Pero... —empezó.

Ella pasó a la embarcación, saludando a los marinos que se encontraban en el yate mayor.

—Creí que estabas en España... Quedamos en... —empezó Francis, en voz baja.

Ella le atajó, murmurando:

—Pon esto en marcha, y te explicaré. Date prisa... Las cosas se han complicado.

—Ya lo he leído... El imbécil de Maurice tendrá que explicarme lo sucedido.

—Yo te lo contaré. Ha sido muy fácil. El mató a Arnaild y, una vez más, Paul Bougie ha cargado con el muerto.

Francis quedó pensativo unos instantes, y al fin preguntó:

—¿Y dónde está ahora?

—¿Maurice? Está en Barcelona... Pero vayámonos ya, querido.

—¿Qué ocurre, Solange? Hay algo que no me gusta en todo esto.

Entonces, surgió la voz de Maurice desde el camarote, bajo la

escalera del lado de popa:

—Te estoy apuntando con un revólver, que puedo disparar sin que haga el menor ruido. ¡Vamos, Francis! Baja.

—¿Eh?

Ella sonrió. Miró alrededor. Los marineros del yate grande no estaban allí, y aprovechó para darle un rodillazo en el bajo vientre. Francis cayó de espalda, rodando por la escalera. Maurice le golpeó con el revólver, y murmuró:

—De prisa, pon esto en marcha. Ya sabes cómo.

Momentos después, el pequeño yate se alejaba.

Fuera ya del puerto, rumbo a alta mar, Solange preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

Maurice observó el cuerpo exánime de su jefe, al que había atado unos sacos de arena alrededor de la cintura.

—Le arrojaré un poco más lejos. Con ese peso, ya no volverá a aparecer... De ahora en adelante, voy a ser el señor Latour. Ya tengo arreglado mi nuevo pasaporte, y podemos ir a dónde nos apetezca. Tenemos cinco millones, más una fortuna en el Banco, que iremos retirando poco a poco.

Solange se abrazó a su cómplice.

—Oficialmente, Francis seguirá vivo hasta que... se demuestre su desaparición.

—El día del juicio de Paul Bougie.

—Para entonces, habré retirado del Banco todo lo que pueda... Lo suficiente para darnos la gran vida. —Y Maurice miró a Francis—. ¡Pobre infeliz! Se creía un gran cerebro, lo planeó todo... ¿Para qué?

—Yo también contribuí en algo, ¿no?

—¡Oh, sí! Pero, en el fondo, una mujer sabe siempre lo que quiere. Con Francis hubieras sido sólo un capricho. Te habría echado de su lado cuando se hubiese cansado de ti. Conmigo, en cambio...

La besó, buscando su cuello, acariciando su cuerpo...

—¡Oh, Maurice! Deshazte de él... No me gusta que esté aquí.

—No te preocupes. Ya no puede molestarnos. Tiene el cráneo roto. Está muerto.

Ella sintió un escalofrío.

—Está bien, está bien... Ayúdame. Lo arrojaremos por la borda.

Cuando hubieron subido a cubierta el cuerpo de Francis, ella murmuró:

—Dime una cosa... Se supone que Francis desaparecerá, pero a mí me han visto subir al yate.

—¿Y qué? ¿Se supone también que viajáis solos tú y Francis, no?

—Sí, pero...

—No te preocupes. Dejaremos el yate en cualquier puerto... esta misma noche, y desapareceremos los dos de la circulación. Oficialmente, tú estarás con él, y yo me ocuparé de ir sacando el resto del dinero poco a poco, hasta que pueda existir algún peligro. En todo caso, el único que pagará las consecuencias es Paul Bougie. A éste no hay quien le quite los muertos de encima.

Habían tomado el cuerpo de Francis para arrojarlo al agua. El zumbido de un helicóptero llamó su atención.

—¡Mira! —indicó ella.

—¡Espera! Cúbrela con esa manta...

Demasiado tarde. En el caso de que los ocupantes del helicóptero estuvieran mirando, habrían podido seguir la escena.

Y los ocupantes estaban mirando. Eran Paul y Carol, junto con un piloto de la compañía que les había alquilado el aparato.

El helicóptero se alejó, pero no por ello Paul dejó de mirar a través de los prismáticos.

—¡Quiero que usted lo vea también! —exclamó Paul al piloto—. Intentan arrojar a ese hombre al agua.

Carol observaba, también, a través de los anteojos.

—Es Francis... No cabe duda. Francis Latour.

—Habrá que comunicarlo a la policía —murmuró el piloto—. No se puede ocultar una cosa así.

—Siga, por favor —pidió Paul.

El yate había quedado anclado en una rada, oculta entre Argeles y Port-Vendres. Era ya de noche.

—Tomaremos el tren, en la frontera. Iremos a España. Allí, procura cambiar un poco tu aspecto. Yo dejaré el dinero en una consigna. Nada me impide circular libremente. Sigo siendo el secretario de Francis Latour, que realiza su crucero de melancolía, acompañado por ti —sonrió Maurice.

Anduvieron en dirección a la estación del ferrocarril. Al llegar, Maurice compró dos billetes.

—Para Barcelona.

—Tendrá que cambiar en Portbou, y pagar un suplemento.

—De acuerdo, de acuerdo.

Les quedaba algún tiempo, y entraron en la cantina. Estaban solos.

—¿Tienes hambre? —inquirió Maurice.

—No.

—Traiga un par de cafés... ¡Oh...!, y coñac. Deje la botella.

Fue entonces, cuando ya lo tenían todo servido... Apareció Carol, sonriente. Avanzó hacia ellos, y se encaró con Maurice:

—Parece que todo ha salido a pedir de boca, ¿eh?

—¿Qué diablos haces tú aquí? —exclamó él, y Solange no acababa de comprender.

—¿No se lo has dicho, Maurice?

—¡Un momento, un momento! ¿Qué juego es éste? —inquirió Maurice.

—No te habrás vuelto atrás, ¿verdad? Yo te ayudé también a planear esto... Teníamos que librarnos de todo el mundo. El último eslabón sería Solange.

Solange clavó la mirada en la joven como si, de repente, hubiese descubierto algo insólito. Maurice protestó:

—No creas ni una palabra. Esto es una trampa. Sé que ella está de parte de Paul.

—¡Asesino! ¡Canalla! Has cometido dos asesinatos y has encubierto otro para darme esquinazo.

Maurice comenzó a perder la calma, y miró alrededor. No vio siquiera al camarero de la cantina.

—¡Lárgate de aquí, Carol! Te conviene... La policía os anda buscando...

—¿Tienes miedo, Maurice? —sonrió Carol.

—Estás loca. Voy a llamar ahora mismo a...

—Te he visto, Maurice... Desde el helicóptero... He visto lo que ha ocurrido en el yate.

Solange comprendió que, de repente, todo se venía abajo. Maurice se levantó, amenazador.

—¡Maldita espía! —Avanzó hacia ella, pero a su espalda sonó la voz de Paul:

—¡Cuidado, Maurice!

Éste se revolvió. Buscó algo en el interior de su ropa.

—¡Paul! —gritó Carol.

Solange se lanzó, instintivamente, hacia la secretaria, que intentaba impedir que Maurice sacara el arma del bolsillo.

Paul, con gran agilidad, se lanzó a su vez contra Maurice, y ambos rodaron por el suelo. El arma quedó sobre las baldosas de la cantina.

Luego, los dos hombres se incorporaron, con ventaja para el guionista, que, de una patada, mandó nuevamente al suelo a su oponente.

—¡Canalla! —Se tiró hacia él, sujetándole por el cuello, presionando con fuerza.

—Esto no servirá de nada; acabaré con vosotros —rugió Maurice, tratando de librarse de aquella presa.

Paul siguió apretando con furia salvaje. A Maurice comenzó a faltarle la respiración.

Solange, en su lucha con Carol, cayó al suelo, cerca de la pistola.

Se lanzó para tomarla en el momento en que un par de coches se detenían junto a la estación.

Solange cogió el revólver.

—¡Ya están aquí! —gritó alguien.

Era el piloto del helicóptero, y se refería a la policía, que entraba, rauda, al local.

—¡Basta! —gritó el jefe.

Dubois apareció en la puerta, y se dirigió a Paul:

—¡Suéltelo, Bougie! ¡Suéltelo!

Paul dejó la garganta de Maurice, cuyo rostro amoratado presentaba las primeras señales de asfixia. Consiguieron reanimarle, sin embargo.

Carol, lanzando un suspiro, murmuró:

—Creí que no llegarían a tiempo. Hemos tratado de entretenerles...

—No estábamos, precisamente, en la esquina —murmuró Dubois—. Afortunadamente, me hallaba en Marsella cuando el piloto transmitió la noticia por radio...

Luego, dirigiéndose a Maurice, añadió:

—Bien... Parece que usted y la señorita Solange tienen varias cosas que contar, ¿verdad?

Al día siguiente, de nuevo en París, el piloto del helicóptero corroboró su declaración:

—Sí. Vi perfectamente cómo arrojaban al mar el cuerpo de un hombre... —Añadió que Paul y Carol habían alquilado el helicóptero para seguir el yate, y concluyó explicando que habían aterrizado cerca de la zona donde Maurice y Solange lo dejaron anclado.

Paul y Carol, por su parte, explicaron lo ocurrido en Lyon, y su posterior persecución de la pareja.

Maurice empezó negando, luego prefirió no decir nada, pero la declaración de los marineros del mayor de los yates de Francis decantó la balanza:

—Sí. Vimos subir al señor Latour y a la señorita Solange, momentos antes de que el yate se hiciera a la mar. A Maurice no le vimos. Claro que pudo subir antes, a primera hora de la mañana... Sí, sí... Es fácil esconderse en el yate.

La prueba era evidente. Habían subido dos personas. Una de ellas no estaba y, en cambio, aparecía otra. Luego, un cuerpo fue arrojado al agua...

Hombres ranas bucearon más o menos en el lugar cuya situación les indicó el piloto.

El cuerpo enganchado por la cuerda en una roca, en una zona de escasa profundidad, fue encontrado. El dictamen del forense era claro: Asesinato.

—¿Y ahora, Maurice..., va a confesar? —preguntó Dubois.

Solange, asustada, fue la primera en contar la verdad, desde el primer momento, para ver de favorecerse a sí misma en el instante de enfrentarse al juicio.

Para Paul Bougie empezaba, de verdad, una nueva vida.

EPÍLOGO

La acusación contra el guionista había sido retirada, tras la declaración de Maurice y Solange.

Tras los trepidantes acontecimientos, Paul volvía a la realidad.

Dejó el periódico al lado de las cuartillas, frente a su trabajo habitual.

Los titulares de la sección decían:

MAURICE DELMONT, CONVICTO DE DOBLE
ASESINATO Y CÓMPLICE DE UN TERCERO
SOLANGE MARTEN, COMPLICADA EN LOS TRES,
SERA IGUALMENTE JUZGADA

Paul volvió los ojos a la cuartilla que tenía en la máquina de escribir. Pensó unos instantes, y sacó el papel para romperlo.

Carol apareció por detrás, y le pasó las manos por los hombros, friccionándole suavemente.

—Estás un poco desentrenado, Paul, pero esa idea que has empezado es buena...

—No acaba de salirme.

—Te saldrá... Yo sé que te saldrá —susurró ella suavemente, sin dejar de darle aquel reparador masaje.

Luego, añadió:

—Veamos... El detective está cogido en la trampa que le han tendido los malhechores... Y su secretaria, secuestrada... ¿Por qué no haces que ella se libre? Sólo la vigila un hombre...

—Pero es un sádico y... correría un grave riesgo.

—Para una mujer que sabe que su amado está en peligro, nunca hay riesgo suficientemente grave, porque, en el fondo, tú sabes que la secretaria está enamorada del detective...

—Sí, sí —admitió él. Y luego, añadió:

—Creo que tienes razón.

Ella siguió frotándole con suavidad, y Paul empezó a encontrarse mejor, bastante mejor. Mucho mejor.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



